





2

PA6526

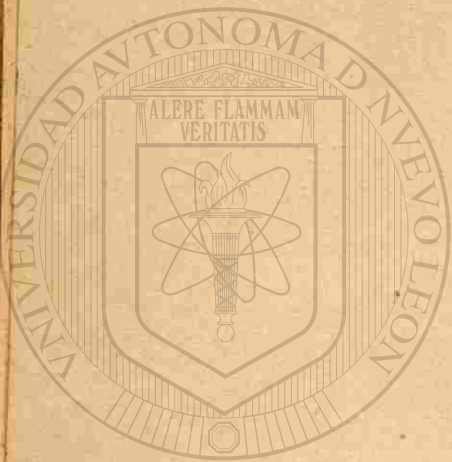
.H4

02

v. 2



1080013731



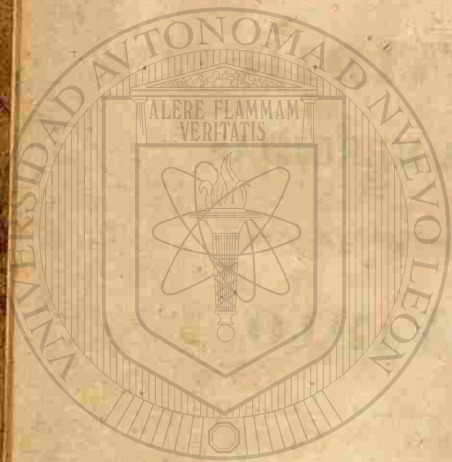
LAS HEROIDAS

DE

OVIDIO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Imprenta de Galvan

A CARGO DE MARIANO AREVALO,

calle de Cadena n.º 2.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

LAS HEROIDAS

DE

OVIDIO.

TRADUCIDAS

POR *Un Mexicano.*

TOMO SEGUNDO.

MEXICO. ®

Imprenta de Galvan á cargo de Mariano Arévalo,
calle de Cadena núm. 2.

1828.

PA 6526

H4

Q2

v. 2



Estas Heroídas no podrán reimprimirse sin consentimiento del traductor.



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

155855

[1]

HEROIDA DECIMACUARTA.

ARGUMENTO.

Danao tenia cincuenta hijas de varias mugeres, y su hermano Egipto se las pidió en matrimonio para otros tantos hijos suyos: Danao se las negó porque por un oráculo sabia que un yerno le quitaria la vida; pero vencido en guerra se vió precisado á concederlas. A fin de evitar la predicción del oráculo, mandó á cada una de sus hijas, dándolas un puñal, que quitasen la vida á sus esposos la noche de las bodas. Hiciéronlo así todas, menos Hipermenestra, que dió la vida á su esposo Linceo, por lo cual fue encadenada y encerrada de orden de su padre en su mismo palacio, desde donde escribe á Linceo, á quien habia hecho huir, dándole noticia de lo que habia pasado.

PA 6526

H4

Q2

v. 2



Estas Heroïdas no podrán reimprimirse sin consentimiento del traductor.



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

155855

[1]

HEROÏDA DECIMACUARTA.

ARGUMENTO.

Danao tenia cincuenta hijas de varias mugeres, y su hermano Egipto se las pidió en matrimonio para otros tantos hijos suyos: Danao se las negó porque por un oráculo sabia que un yerno le quitaria la vida; pero vencido en guerra se vió precisado á concederlas. A fin de evitar la predicción del oráculo, mandó á cada una de sus hijas, dándolas un puñal, que quitasen la vida á sus esposos la noche de las bodas. Hiciéronlo así todas, menos Hipermenestra, que dió la vida á su esposo Linceo, por lo cual fue encadenada y encerrada de orden de su padre en su mismo palacio, desde donde escribe á Linceo, á quien habia hecho huir, dándole noticia de lo que habia pasado.

HIPERMENESTRA

LINCEO.

Salud ¡o mi Linceo! único hermano,
Que de cincuenta hermanos escapaste
Por mí con vida: muertos ya los otros
Por sus esposas en la tumba yacen.

Cargada de durísimas cadenas
En casa yago cual en una cárcel,
Siendo de mi suplicio única causa
Haber sido piadosa en no matarte.

Porque mi mano tímida no quiso,
Hundiéndote el puñal, verter tu sangre,
Rea me llaman; que si yo lo hundiera,
Me aplaudieran los mismos que me abaten.

Pero agrádame mas ser así rea,
Que agradar oprimiéndote, á mi padre;
Y no me pesa de tan dura muerte.
Aun conservar mis manos inculpables.

Aunque mi padre al no violado fuego
Que ardiera en nuestras bodas me arrojase;
Aunque con las antorchas de Himeneo
Abrasára furioso mi semblante;

Aunque con el puñal, que inútilmente
Para hundirte me dió, fiero me mate,
Porque así con la muerte que no pudo
El esposo acabar, la esposa acabe,

Jamás conseguirá que yo pronuncie,
O pronuncie mi rostro ya espirante,
Me pesa; pues jamás de ser piadosa
Me podré arrepentir ó avergonzarme.

Pésele ¡ay! á mi padre su fiereza,
Pésele á mis hermanas su barbarie;
Que el arrepentimiento solo suele
Ser de la atroz maldad inseparable.

Aun se cubre de horror el pecho mio
De la sangre vertida al acordarme,
Y agítame la diestra un temblor fuerte,
Que por los huesos súbito se esparea.

La diestra, que tal vez alguno piensa
Que pudo en tí feroz ensangrentarse,
Aun á escribir no acierta ajenas muertes,
Que de otras perpetraron las maldades.

Probaré sin embargo describirlas.
Acabábase apenas de la tarde
El último crepúsculo, y las sombras
De la noche empezaban á aumentarse,

Cuando á la casa de tu padre Egipto
Fuimos llevadas en pomposo alarde
Mis hermanas y yo; y él en su casa
A tanta nuera armada acogió afable.

Encendidas las lámparas lucian
En vasos de oro puro en todas partes,
Y el sacrilego incienso mis hermanas
Echaban en los fuegos repugnantes.

¡Himeneo! ¡Himeneo! gritó el vulgo,
Y horrorizado el dios huyo al instante:
La misma esposa del supremo Jove
De su amada ciudad quiso ausentarse.

Y he aquí, que perturbados con el vino,
Cercados del tropel que los aplaude
Y de recientes rosas coronadas
Las perfumadas sienes, los amantes,

A sus tálamos... ¡ay! á sus sepuleros,
Cada uno con su esposa alegres parten,
Y agoviados del sueño los incautos
Se tienden en los lechos funerales.

Durmiéronse al instante entorpecidos
Con el sobrado vino y los manjares,
Y en Argos toda por do quier reinaban
Un silencio y quietud inalterables.

En derredor de mí me parecía
Gemidos escuchar y tristes ayes
De quien ya va espirar; y no era engaño,
Pues eran mis temores realidades.

Huye helada mi sangre, y con el susto
 Todo el calor y espíritus vitales
 Me desamparan, y en el nuevo lecho
 Quedéme yerta y sin aliento casi.

Como suele vibrarse temblorosa
 Del zéfiro impelida arista frágil,
 O cual suelen del viento sacudidas
 Del álamo las hojas agitarse:

Así, si no fue mas, mi cuerpo todo
 Estremecido vieras y temblante:
 Tú entre tanto dormías, que á este efecto
 Te ministré los vinos que tomaste.

En mí del duro padre los mandatos
 Hicieron que la inercia se ahuyentase:
 Levantéme, y la diestra temblorosa
 Empuñó el hierro que iba á asesinarte.

No hablaré falsedades: por tres veces
 Levanté la cuchilla inexorable,
 Y por tres veces mal aseguradas
 La mano y la cuchilla se me caen.

Apliquéla á tu cuello; (no te ofenda
 Que confiese ¡ó esposo! estas verdades)
 Sí, yo apliqué á tu cuello, fascinada,
 Las matadoras armas paternas.

Pero el temor, la lástima, el cariño
 Suspendieron mi bárbaro coraje,
 Y obedecer reusó mi mano el orden,
 Que un padre en su furor pudo dictarme.

Despedazando pues con mis vestidos
 El cabello tambien en aquel trance,
 Estas palabras dije en voz tan baja
 Que no pudiera percibir las nadie:

„¿Pues tu padre es tan duro y te lo manda,
 „¡O Hipermenestra, Hipermenestra! qué ha-
 „Que sus mandatos no ejecutas? Este (ces,
 „Tambien á sus hermanos acompaüe.

„¡Infeliz! Soy muger, y soy doncella,
 „¿Qué mucho, pues, que atrocidad me falte?
 „No están bien estas armas matadoras
 „En manos delicadas y suaves.

„Vamos... ahora mientras duermes... acaba...
 „Imita á tus hermanas no cobardes,
 „Que ya á estas horas, sí, de sus esposos
 „Hundieron en el seno los puñales.

„Oh! ¡nunca! ¡nunca! pues si aquesta mano
 „A alguno hubiera de acabar infame,
 „No fuera, no, á Linceo, que la vida
 „Con ella me arrancára yo mas antes.

„¿Morirán porque el reino de su tío
 „Aspiran á heredar con este enlace?
 „¿Por ventura á otros yernos peregrinos
 „En herencia su reino ha de guardarse?

„Mas supongamos que morir merecen;
 „¿Qué he podido yo hacer que me degrade
 „A hacer tan vil accion? ¿cuál es la culpa
 „Por la cual no me es lícito apiadarme?

„¿Qué tengo yo que ver con este acero?
 „¿Qué á mí con un puñal propio de Marte?
 „¿Cuán mejor á mis manos estaria
 „En el huso y la rueca ejercitarse!

Tales cosas decia, y á mis quejas
 Mis lágrimas seguian perennales,
 Que de mis tristes ojos desprendidas
 Iban, cayendo sobre tí, á mojar-te.

En esto te remueves, y alargando
 Los brazos entre sueños por buscarme,
 Faltó poco en verdad para que herida
 Tu diestra mano en el puñal quedase.

Ya entonces á mi padre, á sus ministros
 Y á la luz de los rayos matinales
 Por instantes temia: así del sueño
 Te desperté con voces semejantes.

„Levántate, Linceo.... sálvate.... huye....
 „De tus hermanos solo tú quedaste,
 „Y eterna para tí será esta noche,
 „Cual para ellos lo fue, si te tardares.

Despiertas azorado, y al momento
 De tus ojos huyendo el sueño grave,
 En mi tímida diestra asegurado
 Ves el fuerte puñal y te retraes.

La causa me preguntas, y „huye, esclamo,
„Mientras aun es de noche, no te tardes:”
Huiste por fin cubierto de las sombras,
Y yo quedé sumida en mil pesares.

Mi padre á la mañana de sus yernos
Contó los cuerpos lívidos y exangües,
Mas á la suma del atroz delito
Faltaba entre los muertos tu cadáver.

No sufre su furor que tú siquiera
De la terrible mortandad escapes,
Y quéjase feroz, aun viendo tanta,
De que tan poca sangre se derrame.

De los pies de mi padre los sayones
Arrebatada del cabello me asen
(¡Tal premio mi piedad ha merecido!)
Y á la prision me arrastran implacables.

Y es que la ira de Juno á mi familia
No se mitiga aún ni satisface,
Desde que la bella J6 fue trasformada
En vaca mugidora y despreciable.

Ni bastó á su furor que aquella jóven
Mugiese en vez de hablar, ni que al tonante
En tan mísero estado no pudiese,
Perdida su beldad, ser ya agradable.

La desdichada, del paterno rio
Se paró en las riberas, y al mirarse
En sus líquidas ondas, ve espantada
Que agenas astas en la frente trae.

Quiso quejarse luego, y su querella
En mugido se torna allá en las fauces,
Y atónita quedó de su figura,
Y atónita quedó de su language.

¡Ah! ¿por qué te enfureces, infelice?
¿Por qué admiras la sombra de tu imagen?
¿Por qué cuentas tus pies, si antes hermosos,
Ya toscos, peregrinos y salvages?

La terrible rival de la gran Juno,
La que la envidia fue de las beldades,
Ya con el pasto del humilde cespced,
Y con la grama vil mitiga el hambre.

Agua bebe en las fuentes azorada
 Al mirar su figura en los cristales,
 Temiendo que las armas de su frente
 A sí misma la hieran y maltraten.

La que tan rica fue, que no fue indigna,
 De Jove, que preside á las deidades,
 Yace desnuda en la desnuda tierra,
 Unico lecho que la dan los valles.

Por los mares, los prados y los rios
 Huyendo de sí misma vaga errante,
 Y los mares, los rios y los prados
 Ancha senda la dan por donde pase.

¿Mas á qué tanto afan? ¿A qué la fuga?
 ¿A qué vagar por dilatados mares,
 Si do quiera que vayas ó infelice!
 No has de lograr, cual buscas, evitarte?

¿Adónde te apresuras, si tú misma
 Eres la fiera de que huyendo partes,
 Y eres tu compañera ora camines,
 Y eres tu compañera ora te páres?

Mas en el Nilo en fin, que al mar cerulco
 Por siete bocas lleva sus raudales,
 De Juno la rival, vuelta á su forma,
 Dejó de fiera vaca los disfraces.

¿Pero á qué referir males antiguos
 De que cana vejez pudo informarme,
 Cuando para la queja la edad mia
 Da sobrada materia en mil desastres?

Mi padre con el tuyo, en duras guerras,
 Se persiguen, se injurian y se baten:
 El tuyo triunfa, y arrojados somos
 Del orbe á las regiones mas distantes.

El fiero usurpador se arroja luego
 Sobre el sòlio, el imperio y los caudales:
 Nosotras con mi padre anciano y pobre
 Vagando vamos, turba miserable.

Tú, parte pequeníssima de tantos
 Hermanos, solo quedas; yo entre afanes
 Lloro á los infelices que murieron,
 Y lloro á quien la muerte pudo darles.

[14]

Y pues tantos hermanos como hermanas
Un mismo golpe me arrancó, ni cabe
Alivio en mi dolor...¡ah! ¡que unos y otros
Reciban de mi llanto el homenaje!

Véme aquí, porque vives reservada
A fieros acerbísimos pesares:
¿Cuál me tratarán si culpada fuera,
Si mereciendo aplausos, logro ultrages?

Yo, que poco hace en medio me veía
De una familia numerosa y grande
Infeliz moriré, sin dejar vivo
Sino á tí, á quien libré de tantos males.

Mas tú, caro Linceo, si cuidado
Alguno tienes de tu esposa, y sabes
Agradecido ser á los servicios,
Que hacerte supe, superando azares:

O de la muerte líbrame, ó al menos,
Ya que á librarne de morir no alcances,
Procura que mi cuerpo aunque sin pompa
Se consuma en la hoguera que prepares.

[15]

Sepultarás despues los huesos míos,
Mas primero tus lágrimas los bañen;
Y este breve epitafio en mi sepulcro
Para eterna memoria haz que se grave:

YACE AQUI HIPERMENESTRA DESTERRADA,
QUE EN PREMIO DE SUS INCLITAS PIEDADES,
LA MUERTE QUE A SU ESPOSO DAR NO QUISO
SUPO SUFRIR CON ANIMO CONSTANTE.

Mas quisiera escribir, pero la mano
Cansada con el peso insoportable
De las duras cadenas, ya no puede,
Y escribiendo ademas temo que me hallen.



*

HEROIDA DECIMAQUINTA.

ARGUMENTO.

Habiéndose ausentado de Lesbos el joven Faon, á quien amaba la poetisa Safo, temiendo ésta ser despreciada de él, resolvió hacer la prueba del salto al mar desde la roca de Léucades, que, segun se decia, tenia la eficacia de curar la pasion del amor; pero antes de emprender tan peligrosa curacion, quiso tentar el medio mas fácil de escribir á su amante, procurando persuadirlo á que volviese á su amor y á su patria, con todos los argumentos que le sugeria su viva cuanto tierna pasion.

SAFO

A

FAON.

¿Por ventura al momento que esta carta,
Escrita de una mano cuidadosa,
A la tuya llegó, reconocieron
Tus ojos el caracter de su forma?

¿O tal vez sin mirar escrito el nombre
De la misera Safo, que es su autora,
No supieras de donde, ó quien te envia
Estas líneas amantes y quejosas?

Preguntarás acaso ¿por qué causa
En versos de esta clase escribo ahora,
Cuando para los líricos mi pluma
Se ha declarado ya menos impropia?

Mándame amor que llore ¡ay infelice!
 Y estos versos convienen al que llora;
 Que á las amantes lágrimas que vierto
 Ningun alegre tono se acomoda.

Ardo, cual suele arder el campo fértil,
 Cuyas mieses indómita devora
 Devastadora llama, cuyo fuego
 El Euro furibundo aviva y sopla.

Complacido Faon habita y vive
 Allá del Etna en la region remota,
 Y á mí entre tanto el corazon me abrasa
 Incendio no menor que el que Etna arroja.

Ya no es dado á mi númen hacer versos
 Adaptables á cítara sonora:
 Obra los versos son de ánimo libre
 Y ageno de sólitias congojas.

De Pirra y de Metimna las doncellas,
 Ni la turba de Lesbos amadora
 Me agradan cual un tiempo, ni á mi numen
 A cantar dulces versos acaloran.

Ya la cándida Cidno, hermosa jóven,
 Ya la grata y bellísima Anastoria
 Fastidiosas me son; no ya mis ojos
 De la hermosísima Atis se enamoran.

Ni ya otras ciento en fin, á quien un tiempo
 Amé sobrado tierna y estremosa,
 A mi pecho interesan, pues tú solo
 Te arrebatáras el amor de todas.

Tu hermosa cara y juveniles años
 ¡Cuán aptos son á triscas amorosas!
 ¡O juventud! ¡o peregrina cara,
 De mis ojos sobrado insidiadora!

Quedarás en Apolo transformado
 Si aljaba llevas y la lira tomas,
 O bien en Baco hermoso, si tus sienes
 Las verdes hojas de la vid coronan.

Mas á Dafne amó Apolo y Baco á Ariadna,
 Rindiéndose á las leyes poderosas
 Del dulce amor; y cierto no lograron
 El favor de las musas una ni otra.

A mí versos dulcísimos me inspiran
 Las nueve del Parnaso hermanas doctas,
 Y ya mi nombre por el orbe todo
 Con general aplauso se pregona.

Ni el mismo Alceo, compañero mio
 En la patria y la lira, aplausos goza
 Mayores que los míos, aunque suene
 Con mas grandiosidad su lira heroica.

Si me negó tal vez naturaleza
 Los frágiles encantos de una hermosa,
 Las faltas reparó con las bellezas
 De un ingenio feliz no transitorias.

No es mi talle elevado, mas mi fama
 En todo el universo es ya notoria,
 Y mi grandeza va do quier conmigo,
 Pues con admiracion do quier me nombran.

No soy blanca, es verdad; pero á Perseo
 Andrómeda agradó, y él adoróla,
 No obstante que su rostro obscureciera
 El ardoroso clima de Etiopia.

A las pintadas y morenas aves
 Aman tambien las candidas palomas,
 Y á las pardas y oscuras tortolillas
 El verde periquillo sigue y ronda.

Que si tú no haz de amar sino á la jóven
 Que en belleza te iguale venturosa,
 Me atrevo á asegurarte que ninguna
 Conseguirá jamás esa victoria.

Empero al ver mis versos algun dia
 Bella me apellidabas y graciosa;
 Y en verdad que jurabas, que ninguna
 Debiera siempre hablar sino yo sola.

Si alguna vez cantaba, bien me acuerdo,
 (Nunca quien ama olvida tales cosas)
 Arrebatado tú me acariciabas
 Por mas que yo te huyera ruborosa.

Tambien á mi rubor dabas aplausos,
 Y en todo te agradaba á todas horas,
 Mucho mas si te daba algun indicio
 De mi naciente amor como visofia.

Entonces tú mis juveniles gracias
Hallabas mas que nunca primorosas,
Y ora mis movimientos aplaudias,
Y ora al hablar lo hermoso de mi boca.

Y mil veces en fin cuando callaba
Elogiabas tambien la encantadora
Y amable languidez, que tú decias
Que solo de mis ojos era propia.

Ahora de Sicilia las beldades
Nuevos amores son que te apasionan:
Y siendo así ¿qué tengo yo con Lesbos?
Ya de ser siciliana estoy ansiosa.

Y vosotras, beldades sicilianas,
Doncellas megarenses y matronas,
Volvednos á Faon, que vaga errante
En vuestra pátria, siendo de nosotras.

Mirad ¡ay! sí mirad, que no os seduzcan
De su hechicera lengua las lisonjas;
Advertid que en un tiempo me decia
Lo que ahora falaz dice á vosotras.

Y tú, Ericina Venus, adorada
De Sicilia en los montes, bella diosa
Préstame tu favor, séme propicia,
Tu poetisa soy, no me desoigas.

¿O acaso la fortuna que ha empezado
A mostrarse una vez perseguidora
La série seguirá de sus reveses
Sin dejar de ser nunca rigurosa?

Contaba yo seis años solamente
Cuando mi tierno llanto en larga copia
Los huesos inundára de mi padre
Antes de tiempo hundidos en la fosa.

Misero ardió mi hermano en los amores
De una infame y astuta seductora,
Arrastrando cautivo sus cadenas,
A la par que tiranas vergonzosas.

Ora navega por los anchos mares
Empobrecido por la astuta moza,
Buscando malamente las riquezas
Que malamente consumió sin honra.

Y aun á mí, porque avisos saludables
 Le dí sincera, me detesta y odia,
 Y este es el premio que á mi celo pio,
 Y á mis buenos oficios se retorna.

Y tú Faon en fin por colmo vienes
 Las causas á aumentar que me acongojan:
 ¡Por todas partes ¡ay! vientos contrarios
 A mi infelicé navecilla chocan!

Suelto el cabello sobre el cuello yace,
 Publicando la pena que me agovia;
 Ni ya llevan mis dedos, cual solian,
 Ricos anillos ni brillantes joyas.

Con un vestido vil cubro mi talle,
 Ni ya el oro en mis trenzas se atesora,
 Ni oloroso respira mi cabello
 De la arábica mirra los aromas.

¿Para quién infeliz he de adornarme,
 O á quién hoy agradar querré afanosa?
 Aquel por cuya causa me adornaba
 Ausente ¡ay triste! de mis ojos mora.

Mi blando corazon siempre está herido
 De las flechas de amor que lo destrozan;
 Y para que yo viva siempre amando,
 Siempre á mi corazon motivos sobran.

O bien á mi nacer las tres hermanas
 Así lo decretaron imperiosas,
 Dando esta propiedad amante y tierna
 A los estambres que mi vida informan;

O bien la inclinacion al grato estudio
 En natural costumbre se trasforma,
 Y la tierna y armónica Talia
 Mi corazon á la ternura amolda,

¿Qué maravilla pues, que mi primera
 Juventud, y mis años, que ya logran
 De los jóvenes tiernos ser amados,
 Me infundan el amor y en él me absorvan?

¿Cuántas veces temí que arrebatases
 A mi hermoso Faon, ó bella Aurora,
 Creyéndolo tu Céfalo! y lo hicieras;
 Pero tu amor primero te aprisiona.

Si viera á mi Faon la hermosa Cintia,
Que todo lo registra brilladora,
Haciéndole alargar su dulce sueño,
Mil caricias le hiciera silenciosa.

En su ligero carro hasta el olimpo
Lo arrebatára Venus chipriota,
Si no temiera que á su mismo Marte
Enamorára presa tan airoosa.

¡O edad la tuya, que sin ser ya niña
Con la primera juventud se roza!
¡O lustre de tu edad afortunada!
¡O de tu siglo esclarecida gloria!

Ven, hermoso Faon, ven á tu pátria,
Ven y á los brazos de tu Safo torna;
No te pido que me ames; pero al menos
Déjame que te adore cariñosa.

Al escribir, mis ojos hechos agua
En dolorosas lágrimas rebosan;
Mira como aquí mismo los renglones
Con la abundancia del humor se borran.

Si á partir, ó Faon, resuelto estabas,
Hicieras tu partida menos bronca,
Y al dejarme á lo menos me dijeras:
A dios, jóven, de Lesbos moradora.

Pero ¡ay! que ni mis lágrimas llevaste,
Ni el postrimer abrazo te dí ansiosa;
Y ni aun temí siquiera el mal terrible,
Que habia de llorar tan á mi costa.

Nada me quedó tuyo, solo de irte
Sin darme aviso la culpable nota,
Sin que á darme este aviso te moviesen
Las que de amor te dí señas no pocas.

Nada pude encargarte: bien que entonces
No te encargára ¡ay mísera! otra cosa
Sino que al ausentarte de mis ojos
No echáras en olvido mi memoria.

Júrote por Amor (que nunca parte
De este llagado pecho en que se aloja)
Y por las nueve armónicas deidades,
Númenes sacros que mi mente honora:

Que cuando, no sé quien: *Faon*, me dijo,
 Que tus delicias era, te abandona,
 Ni pude hablar, ni de mis ojos pude
 Siquiera derramar alguna gota.

Las lágrimas huyeron de mis ojos
 Y á la lengua el dolor enmudecióla:
 Quedando toda yo sobrecogida
 De helada estupidez, al alma ignota.

Mas cuando vuelta en mí, toda la pena,
 A sentir comencé, rasgué mis ropas,
 Arranquéme el cabello, y mis querellas
 Hasta el cielo llegaron clamorosas.

No de otra suerte desolada madre,
 A quien la muerte arrebató traidora
 El fruto de su amor, al conducirlo
 Acia la hoguera funeral, solloza.

Mi hermano, para colmo de mis males,
 Alegre triunfa y en mi mal se mofa,
 Mi dolor insultando, y se pasea
 Ante mis ojos, y en mi mal se goza.

Y para que la causa me avergüence
 Que así me martiriza ¿por qué llora,
 Repite, ésta muger? deudo ninguno
 Se le ha muerto en verdad: ¿estará loca?

Pero mal se convienen en un pecho
 El pudor y el amor: turba curiosa
 En tan triste desórden me miraba
 Mientras yo en mi dolor estaba absorta.

Tú solo me ocupabas, y me ocupas,
 Y en mis sueños te miro, y se alborozo
 Mi pecho al verte: ¡o sueño mas hermoso
 Que la luz con que Febo al mundo dora!

Allí te ven mis ojos, y allí te hablo,
 Aunque tan lejos tú de mí reposas;
 Pero ¡ay! ¡cuán poco duran los placeres
 Que el sueño en mi dormir me proporciona!

Mil veces imagino que tus brazos
 Amantes lazos á mi cuello forman,
 Y otras mil me figuro que los mios
 Tiernos estrechan tu garganta rósea.

Pronuncio á veces amorosas quejas
 Que á la verdad en todo se conforman,
 Y mientras toda yo dormida yago
 Despierta está mi lengua veladora.

Mas al punto que Febo iluminando
 El universo á la mañana asoma,
 Quéjome amargamente de que sea
 La duracion de mi placer tan corta.

Al campo me retiro pensativa,
 Cual si el campo aliviara mis zozobras;
 Mas al campo me voy, porque testigo
 De tus promesas fue... ¡cuán engañosas!

Allí vago insensata, cual aquellas
 A quien Erinis la razon trastorna,
 Esparcido en los hombros el cabello,
 Corriendo sin saber adonde corra.

Ven mis ojos las grutas revestidas
 De aquellas peñas ásperas y fofas,
 Que en tiempo mas feliz me parecian
 Mármoles esquisitos de Migdonia.

Otras veces encuentro aquella selva
 En cuyas odoríferas alfombras
 Sentados estuvimos y cubiertos
 De sus opacas y tupidas hojas.

(dueño

Pero no encuentro ¡ay triste! al que era
 De Safo y de la selva encantadora;
 La selva que sin tí vil me parece,
 Pues tú de aquel vergel eras la pompa.

Allí en el cespéd conoé la yerba
 Que oprimimos sentados á la sombra,
 Y aun la doblada grama todavia
 Guardando la impresion no se desdobra.

Sentéme y toqué el sitio, do estampada
 Aun de tu cuerpo la señal se nota,
 Bebiendo antes la yerba agradecida
 El agua de mis lágrimas copiosas.

Aun las árboles mismos al mirarlos
 Cuan tristes y marchitos se deshojan,
 Parece que te lloran; ni ya en ellos
 Sus quejas á cantar las aves posan.

Allí tan solo Progne se lamenta,
De que su saña fiera y vengadora,
Debiendo derramar la de Teseo,
De su hijo derramó la sangre roja.

Progne lamenta á su Ifis, y yo triste
Mi mal pagado amor canto llorosa,
Sin que otra voz alguna se perciba
En todo el bosque que el silencio rompa.

Hay una sacra fuente, muy mas pura
Que el nítido cristal, entre las rosas,
Y es fama que las Náyades divinas
Son de esta sacra fuente habitadoras.

Los árboles acuáticos del Loto,
Formando un bosque, sus orillas bordan,
Y los céspedes tiernos sus orillas
Con un verde vivísimo coloran.

Cansada de llorar aquí tendida
Estaba acaso yo, cuando á deshora
Presentóse una ninfa ante mis ojos
La cien ceñida de mojadadas ovas.

Y „Safo, dijo, pues que no consigues (dan,
„Que el fuego en que te abrasas correspon-
„A las tierras de Ambracio te conviene
„Dirigir tus pisadas sin demora.

„Allí registra Febo el mar tendido
„Desde el excelso templo en que le adoran,
„Mar, que llaman acciaco aquellos pueblos,
„Bien que otros por leucadio lo conozcan.

„Enamorado de la hermosa Pirra
„Deucalion allí con animosa
„Resolucion lanzóse al mar profundo,
„Y sin lesion salió de entre las olas.

„Trocándose el amor al punto mismo
„El pecho del amante desaloja,
„Y el insensible corazón de Pirra
„Probó sus influencias destructoras.

„Tal es la gran virtud de aquellas aguas:
„Tú sin tardanza su camino toma,
„Y desde la alta y portentosa cima
„Del peñasco de Léucades te arroja.”

Así dijera, y de mis ojos huye:
Yo me levanto helada y temblorosa,
Y á contener no alcanzo de los ojos
Las abundantes lágrimas que brotan.

Sí, Náyades divinas, sin tardanza
Partirá Safo á la indicada roca.
Hoya vencido del furor amante
El cobarde temor que me lo estorba.

¿Qué puede sucederme? todo es menos
Que la insufrible pena que me ahoga.
Auras ¡favorecedme! el cuerpo mio
No es carga á vuestras alas ponderosa.

Tú tambien, niño Amor, cuando yo caiga
Acude, y en tus alas me suporta,
Para que al mar leucadio nunca sea
Mi muerte, por tu causa, infamatoria.

Que si del riesgo salgo bien, mi lira
Te ofrezco ¡ó Febo! consagrar devota,
Y de mi musa agradecida en ella
Estos versillos cuidaré se pongan:

La poetiza Safo al grande Apolo
Grata ofreció su lira armoniosa
Don adecuado al dios á quien se ofrece,
Y ofrenda conveniente á quien la dona.

Mas, ingrato Faon, ¿por qué consientes
Que á tal peligro ¡ay misera! me esponga,
Cuando á tu pátria tú sin riesgo alguno
Tornar pudieras cual tu Safo implora?

Tú serás á mi mal mejor remedio
Que las aguas de Léucate famosas,
Y mi apolo serás por tu hermosura,
Y por este favor, si me lo otorgas.

Por ventura si muero ¡ó tú, mas duro
Que esas rocas y mares! ¿te conformas
Con verme perecer, y ser la causa
De la muerte infeliz que me ocasionas?

¡Cuánto mejor y grato me seria
Unirme á mi Faon, siendo su esposa,
Que de la roca al mar precipitarme,
A ser pasto tal vez de hambrientas focas!

Me acuerdo que mis versos algun día
Alababas, Faon, cual bellas obras,
Y las composiciones de mi numen
Siempre te parecieron ingeniosas.

Ahora ansiára yo ser elocuente,
Mas ahora el dolor al numen obsta,
Y el ingenio que un tiempo me alababas,
Mis males acerbísimos embotan.

La musa que otro tiempo me inspiraba
Para versificar, está ya sorda:
Entorpecióse con la pena el plectro,
Y á mi lira el dolor enmudecióla.

¡Lesbianas insulares, ó casadas,
O casaderas ya! ¡compatriotas!
Cuyos amados nombres celebrados
Mil veces fueron por mi musa Eolia:

¡Hermosuras de Lesbos, á quien tanto
Amé con la pasión mas estremosa!
Ya no á buscar vengais, cual otro tiempo,
Los trinos de mi lira; ya está ronca.

Cuanto en mí pudo un tiempo enamoraros,
Lo arrebató Faon con fe engañosa.
¡Cuán ha poco ¡ay de mí! que toda ufana
Mi Faon le llamé! ¡Tristes memorias!

Haced, si me quereis; haced que vuelva,
Y entonces volverá vuestra cantora;
Pues él es quien me da todo el ingenio,
Y él es tambien quien todo me lo roba.

¿Mas con súplicas, qué hago? ¿por ventura
Un duro corazón así se doma?
¡Ah! ¡tal vez se endurece, y de los vientos
Juguete son mis voces ilusorias!

Los vientos que se llevan mis palabras
Bien pudieran traer tus velas hondas,
¡O Faon! y á no ser tan insensible
Te estuviera mejor volver la proa.

Mas si piensas volver, y ya con votos
Vientos propicios á tu nave invocas,
¿Por qué así de mi pecho lastimado
Con la tardanza los pesares doblas?

Suelta la nave, que la hermosa Venus
Que de la mar salió, las velas corvas
Dirigirá en la mar: suelta la nave,
Que el viento hará felice tu derrota.

El mismo Cupidillo, no lo dudes,
Gobernará el bajel puesto en la popa:
El será quien con tiernas manecitas
Las velas suelte, ó cauto las recoja.

O si quieres huir adonde Safo
Jamáste vuelva á ver (bien que en mi contra
Nada hallarás, ingrato, que te obligue
A que tu fuga y mi morir dispongas);

Avíseme á lo menos, ó inhumano,
De tu mano una linea matadora,
Que mi único remedio es muerte cierta
De Léuceate buscar entre las ondas.

HEROIDA DECIMASESTA.

ARGUMENTO.

Páris, llamado tambien Alejandro (que significa auxiliador) á quien Venus habia ofrecido la beldad de Helena, esposa del rey Menelao, fue recibido y honrado por éste en Lacedemonia á donde navegó desde Troya. Teniendo Menelao en aquella ocasion que ausentarse á Creta, recomendó su huesped á su esposa Helena, á la cual Páris, aprovechando la ausencia del rey, escribió la siguiente carta ponderándole su amor, y valiéndose para persuadirla de los medios que en semejantes casos acostumbra emplear la seducción.

Suelta la nave, que la hermosa Venus
Que de la mar salió, las velas corvas
Dirigirá en la mar: suelta la nave,
Que el viento hará felice tu derrota.

El mismo Cupidillo, no lo dudes,
Gobernará el bajel puesto en la popa:
El será quien con tiernas manecitas
Las velas suelte, ó cauto las recoja.

O si quieres huir adonde Safo
Jamás te vuelva á ver (bien que en mi contra
Nada hallarás, ingrato, que te obligue
A que tu fuga y mi morir dispongas);

Avíseme á lo menos, ó inhumano,
De tu mano una linea matadora,
Que mi único remedio es muerte cierta
De Léucate buscar entre las ondas.

HEROIDA DECIMASESTA.

ARGUMENTO.

Páris, llamado tambien Alejandro (que significa auxiliador) á quien Venus habia ofrecido la beldad de Helena, esposa del rey Menelao, fue recibido y honrado por éste en Lacedemonia á donde navegó desde Troya. Teniendo Menelao en aquella ocasion que ausentarse á Creta, recomendó su huesped á su esposa Helena, á la cual Páris, aprovechando la ausencia del rey, escribió la siguiente carta ponderándole su amor, y valiéndose para persuadirla de los medios que en semejantes casos acostumbra emplear la seducción.

PÁRIS

HELENA.

Salud te envia el hijo de Priamo,
 ¡O divina beldad! en estas letras:
 Salud ¡ay! que de tí tan solo puede
 Recibir quien á tí te la desea.

¿Hablaré? ¡O el incendio en que me abraso
 No necesita ya mas claras señas
 Para darse á entender, y el amor mio
 Mas claro es ya que lo que yo quisiera?

Quisiera á la verdad disimularlo
 Mientras mas oportuno un tiempo venga.
 En que ya no mezclados los placeres
 Con los temores y las dudas sean.

Pero ¡ay! ¡cuán mal lo callo! ¡mas qué amante
 Ocultará la centellante hoguera
 Del encendido amor, que por sí mismo
 Al través del silencio se demuestra?

Mas si acaso, que añada las palabras
 A los indicios de mi amor esperas,
 Yo me abraso ¡ay de mí! sí, yo me abraso;
 Ya tienes mi osadia descubierta.

Perdona á quien se acusa á tí culpado,
 Humilde te lo ruego; y lo que resta
 No con ceño lo leas, sino blanda,
 Cual conviene á beldad tan hechicera.

Tiempo ha que me deleito, imaginando
 (Si mi esperanza tu bondad alienta,
 Recibiendo esta carta) que yo puedo
 Ser tambien recibido, cual lo es ella,

Ojalá no se engañe mi esperanza,
 Y ojalá que no en vano me prometa
 La madre del amor que serás mia,
 Supuesto que ella mi venida ordena.

Pues, porque no lo ignores, yo he venido
 Por mandato divino á tus riberas,
 Y no pequeño númen favorece
 La justa causa de mi osada empresa.

Gran premio á la verdad es el que pido,
 Mas indebido no es, si consideras
 Que con tu corazón, tu hermosa mano
 Prometida me tiene Citeréa.

Con tan segura y poderosa guía
 Del ancho mar las peligrosas sendas
 Desde la opuesta orilla de mi patria
 Empeñé en esa nave fereclea.

La Diva concedió prósperas auras
 Y favorables vientos á mis velas,
 ¿Mas qué mucho, nacida de los mares,
 Que así en las ondas su poder ejerza?

¡Ah! ¡Siga su favor! y como pudo
 Auxiliarme en las ondas, así pueda
 Favorecer mi amor, dando á mis ansias
 Llegar al dulce puerto que desean.

La llama en que me abraso, desde Troya
 Voraz dentro del pecho se encendiera,
 No aquí la vine á hallar; ella es la causa
 De atravesar distancias tan inmensas.

Pues ni el contrario viento, ni tampoco
 Un yerro del piloto aquí me acercan;
 La Grecia, sí, la Grecia es solamente
 La que buscando vino mi galera.

Ni juzgues que mis naos atraviesen
 La mar para adquirir nuevas riquezas:
 Guarden los dioses las que ya poseo,
 Pues no cual mercader quiero acrecerlas.

Ni vengo admirador á ver tampoco
 De Grecia las ciudades opulentas,
 Cuando dejo en mi reino otras ciudades
 De riqueza mayor y mas soberbias.

A tí buscando vengo, á quien la grata
 Venus para mi esposa me ofreciera;
 A tí á quien adoré rendido amante
 Antes de conocer tu gentileza.

Porque antes de mirarte con los ojos
 Con la mente te ví, divina Helena,
 Y de tu bello rostro fue la fama
 Quien me anunció las gracias la primera.

Ni que yo te idolatre es maravilla,
 Herido el corazon con las saetas,
 Que el poderoso Amor desde los aires
 Contra mí disparó sobrado rectas.

Así plugo á los hados invencibles;
 Y porque acaso contrastar no quieras
 Su fuerza irresistible, con fe pura
 A referirte voy lo que decretan.

Aun encerrado estaba todavía
 Del útero materno en las tinieblas,
 Cuando apenas turgente daba indicios
 El seno maternal de mi existencia;

Entregada mi madre al blando sueño
 Parecióle mirar, no sin sorpresa,
 Que del grávido seno despedía
 De abrasadoras llamas una tea.

Asustada despierta y se levanta,
 Y de la opaca noche la tremenda
 Vision dice á Priamo, quien da al punto
 A los mejores adivinos cuenta.

Que arderá Troya con el fuego mio,
 Todos aquellos sabios interpretan.
 ¿Quién duda que indicaba el hacha ardiente
 El voraz fuego que mi pecho incendia?

Entre tanto mi espíritu y modales,
 (Aunque todos plebeyo me creyeran,
 Abandonado al campo) publicaban,
 Al través de mi trage, mi nobleza.

Un sitio retirado hay en el Ida
 En medio de los bosques que lo cercan,
 A quien alzados pinos embellecen,
 Y robustas encinas hermocean:

Do nunca las cabrillas trepadoras
 Pacieron, ni las plácidas ovejas,
 Ni el perezoso buey con ancha boca
 Arrancó la menuda y blanda yerba.

Allí yo pensativo estaba un día
De un árbol reclinado en la corteza,
Contemplando los mares, y de Troya
Los altos techos y muralla excelsa

Y he aquí que de repente parecióme
Pisadas escuchar que se me acercan....
Verdad es lo que digo, no lo dudes,
Por mas que el caso incierto te parezca.

El Dios nieto de Atlante y de Pleyone,
En alas mas veloces y ligeras
Que el viento, conducido, el gran Mercurio
A mi azorada vista se presenta.

Fuéme dado el mirarlo; referirte
Las cosas que allí ví, dado me sea:
De oro resplandeciente el caducéo
Del dios brillaba en la potente diestra.

Juntamente con él eran tres diosas,
Juno, la hermosa Venus y Minerva,
Que sus pies delicados imprimieron
En la grama que brota la pradera.

Helóseme la sangre, y el cabello
Se me erizó de horror. „Pastor no temas,“
Me dijo el dios al verme sorprendido,
Y hablando continuó, de esta manera:

„Arbitro vas á ser de la hermosura;
„Dirime de estas diosas la contienda,
„Y pronuncia aquí mismo, cual de todas
„De mas hermosa el galardón merezca.“

Y añadió, porque yo no me escusara,
„El soberano Jove lo decreta“
Dijo, y batiendo las ligeras alas
Alzóse al eter y al Olimpo vuela.

Restablecióse mi turbada mente,
Y me sentí animar de audacia nueva;
Ni ya temí con penetrantes ojos
Registrar la hermosura de las deas.

Las tres sacras beldades eran dignas
De vencer en la lid, y titubea
Mi labio al pronunciar, pues razón tienen
Para ganar su causa todas ellas.

Mas con todo, ya entonces una sola
Muy mas que todas me agradaba, y esta
Es fácil suponer, sin dudar mucho,
Que la que engendra los amores era.

Tan grande de vencer era el anhelo,
Que cada cual con dones y promesas
En su favor, con elocuencia suma,
Solicitaba ansiosa la sentencia.

Imperios la gran Juno me ofrecia,
Palas con el valor me lisongea,
Y yo mismo dudaba entre uno y otro
Si el valor ó el poder coger debiera.

Sonriyóse dulcísima Acidalia,
Y *no sus dones*, díjome, *te muevan*:
A Juno y Palas vieras al oírla
De súbito temor quedar suspensas.

Yo te daré á quien ames, proseguia
La diva Venus; *de la hermosa Leda*,
La hija muy mas hermosa, será tuya,
Si sabes hoy discreto merecerla.

Dijo, y por su hermosura y por sus dones
Digna de la victoria declaréla;
Y la triunfante planta hácia el Olimpo
Encaminó por la region etérea.

Entre tanto (discurro que propicia
Desde aquel punto se tornó mi estrella)
Reconocido fui por hijo régio,
A beneficio de señales ciertas.

Todo júbilo fue, todo alborozo
De Priamo el alcázar, por mi vuelta
Despues de tantos años; y este día
Añadió Troya á sus antiguas fiestas.

Con toda la pasion con que yo ahora
Te idolatro, me amaron mil doncellas;
Mas tu sola serás, yo te lo juro,
Señora de mi amor y mis ternezas.

No solo de los próceres las hijas
Y las beldades de prosapia regia
Me amaron, que aun de ninfas inmortales
Fui cuidado y amor, porque lo sepas.

Pero ya todas en el pecho mio
Fastidio y desamor tan solo engendran,
Desde el momento que de ser tu esposo
Me anima la esperanza lisongera.

Solo á tí te miraba noche y día
Con la imaginacion, si estaba en vela,
Y á tí solo mis ojos contemplaban
Cuando en el sueño plácido yacieran.

¿Qué hará presente tu divina cara
Si tanto me agradó sin conocerla?
Aunque á tanta distancia estaba el fuego
El pecho me abrasaba su influencia.

Ni pude ya mas tiempo entretenerme
Con solo la esperanza que me inquieta,
Sin buscar, arrojándome á los mares,
La dulce causa de mi amante pena.

La troyana segur estrepitosa
Los pinares derriba en las laderas
Y los árboles rompe, que mas aptos
Para los buques dóciles se prestan.

El elevado Gárgara crugiendo
Privar se mira de sus altas selvas,
Y el Ida levantado me ministra
Robustas traves y útiles maderas.

Para fundar las voladoras quillas
El empinado roble se doblega,
Y de las corvas naves los costados
Con sus labrados troncos se cimentan.

Erígense los mástiles soberbios,
El velamen se afianza á las antenas,
Y en la encorvada popa finalmente
Las pintadas deidades señorean.

Mas sobre todo la divina Venus,
Fiadora de mis dichas, se demuestra,
Del tierno Cupidillo acompañada,
En la nave fugaz que á mí me espera.

Luego pues que las naves acabadas
La última mano en fin dejó perfectas,
Ansioso quise al punto del Egeo
Atravesar las ondas turbulentas.

De mis ancianos y queridos padres
 La cariñosa voz, que me detenga
 Rogando me pedia, mas no alcanzan
 Demorar la partida ya resuelta,

Aun mi hermana Casandra, por los hombros
 Esparcida la hermosa cabellera,
 Cual acaso se hallaba, cuando todas
 Las naves á partir estaban prestas:

„¡Adónde vas! me dijo. ¡Ay! ¡qué no sabes
 „El fiero incendió que tu viage apresta!
 „¡Ay! ¡qué no sabes las voraces llamas
 „Que brotan esas aguas que navegas!

Cierto fue el vaticinio: ya el incendio
 Que presagió su labio en mí se encuentra,
 Ya del tirano amor la fiera llama
 En mi sensible corazon se ceba.

Salgo del puerto en fin, y mis bajeles
 Con favorables vientos atraviesan
 El proceloso mar, y á tocar llego,
 O peregrina jóven, tus arenas.

Me recibe en su alcázar Menelao,
 Y esta dulce bondad con que me hospeda
 Nunca usára conmigo, si el consejo
 De los númenes sacros no influyera.

Tu esposo luego atento y comedido
 Cuanto digno de verse aquí contempla,
 Y en toda la estension de sus dominios,
 Por complacerme con afan me muestra.

Mas yo que de mirar estaba ansioso
 Unicamente tu beldad extrema,
 Nada, fuera de tí, nada encontraba
 Que causase á mis ojos complacencia.

Víte, quedé asombrado, y al instante
 Atónito sentí que con mas fuerza
 Ardiendo el corazon, se entumecia
 Con nuevas y atrocísimas dolencias.

Tal hermosura, sí, tales prodigios,
 Segun alcanzo á renovar la idea,
 Ví en la desnuda Venus, cuando vino
 A esperar de mi juicio la sentencia.

Si tú también de aquella lid entonces
Te hubieras presentado en la palestra,
La victoria de Venus sido habría,
Si segura sin tí, contigo incierta.

De tu rara beldad grandes encomios
Publicaba la fama pregonera,
Y no hay en todo el orbe gente alguna
Que no hable de tu rostro y lo encarezca.

No se halla en toda Frigia quien te iguale,
Ni en cuanto Febo alumbra en su carrera
Entre las más hermosas lleva alguna
El renombre de hermosa que tú llevas.

¿Crearás lo que te digo? Pues no miento;
Cuanto de tu hermosura se pondera
No llega á la verdad: casi la fama
Deprime maliciosa tu belleza.

Yo al menos hallo más en tu hermosura
Que cuanto habló la fama con mil lenguas,
Y al renombre de hermosa que te ensalza
La encantadora realidad supera,

¡Ah! ¡con cuánta razón el gran Teseo
Ardió de amores al mirar tus prendas!
Y si robó atrevido tu persona,
¡Cuán digna de héroe tanto fue la presa!

¡O qué hermosa debiste parecerle
Cuando, conforme al uso que se observa
En tu patria, desnuda ejercitabas
Entre otras en los juegos tu destreza.

Yo alabo de su robo la osadía,
Mas admiro que al fin te devolviera,
Que presa tan hermosa, para siempre,
Si una vez la adquirió, debió tenerla.

Antes, sí, de mis hombros arrancára
La sangrienta cuchilla mi cabeza,
Que, si una vez llegases á ser mía,
De mi lado apartarte consiguieran.

En tan dichoso caso ¿quién osára
Arrancar de mis brazos tal preséa?
¿Ni como dividirte de mi pecho,
Estando vivo yo, sufrir pudiera?

Mas si al fin los destinos me robasen,
Sin quitarme la vida, tu presencia,
Mil estremos haria, porque al menos
Del todo inútil mi pasion no fuera.

Fueras primero mia; y si los hados
Me negasen ventura tan excelsa,
Siquiera hacerte mil y mil caricias,
Salva tu honestidad, no me prohibieran.

Sé solamente mia, verás luego
Cuan grande en adorarte es mi firmeza,
Que el fuego solo de la pira en que arda
El fuego apagará que arde en mis venas.

Tanto te amo y te amé, que por tí supe
Menospreciar imperios y riquezas,
Que la esposa y hermana del gran Jove
Poderosa, otro tiempo me ofreciera.

Y como al fin lograrse de mis brazos
A tu cuello formar dulce cadena,
En nada tuve de valor invicto
De la divina Palas las ofertas.

Ni de ello me arrepiento, ni ninguno
Podrá necia llamar mi preferencia:
Insisto en mi eleccion; y en mis deseos
No se ve variacion la mas pequeña.

¡Ah! no permitas, no, muger divina,
Digna de ser buscada con mil penas;
No quiera tu rigor, yo te lo ruego,
Que inútil mi esperar se desvanezca.

No aspiro á un Himeneo que desdiga
De tus merecimientos y grandeza,
Ni te avergonzarás (puedes creerme)
Si á ser mi esposa, cual anhelo, llegas.

Si saber mi prosapia solicitas,
En el supremo Jove y en Electra
Mi origen hallarás, por no nombrarte
Otros abuelos que entre aquellos median.

Mi padre el rey Priamo en la grande Asia,[®]
Que apenas tiene límites, impera;
Region afortunada y venturosa,
Que no conoce igual sobre la tierra.

Ciudades hay sin número espaciosas,
Y palacios riquísimos en ellas;
Los altos templos de los dioses, dignos
De las deidades son que allí se alvergan.

Verás el Ilion y las murallas
En que elevadas torres señorean,
Edificadas por el mismo Apolo
Al son divino de su lira egregia.

¿Qué te diré del número y la turba
De los varones que la Frigia encierra?
Apenas puede aquel dichoso suelo
Sostener á los hombres que lo pueblan.

Encontrarás crecidos escuadrones
De matronas troyanas por do quiera,
Y con trabajo abarcan nuestros átrios
La hermosa multitud de las doncellas.

Cuantas veces alegre y sorprendida
¡O cuán pobre, dirás, es nuestra Grecia!
Al ver que cada habitacion troyana
De una ciudad contiene la opulencia,

No quiero, ni me es lícito tampoco
Menospreciar á Esparta por pequeña;
Tú nacistes en ella, y esto basta
Para ser á mis ojos de gran cuenta.

Pero Esparta es pequeña, Esparta es pobre,
Y otra cosa mejor merece Helena;
Que á tan rara beldad como la tuya
No corresponde, no, region como esta.

Otros adornos, otros aparatos,
Que sin fin se renueven y sucedan,
Exige tu hermosura incomparable,
En que abunden delicias siempre nuevas.

Ya ves el rico adorno y los vestidos
Con que mis compañeros se aderezan,
Por él inferirás cual es el lujo
Que de Frigia las jóvenes ostentan.

No te muestres ¡ó Helena! inexorable,
Ni por esposo desdeñarme quieras,
Porque griega en la Grecia tú nacieses,
Y porque frigio en Frigia yo naciera.

Frigio era y de mi sangre Ganímedes,
Que en copa celestial el dulce nectar
Sirve ahora á los dioses soberanos,
Arrebatado á la celeste esfera.

De Frigia era Títon, á quien robára
Para su esposo la deidad risueña,
Que con alegres y rosadas luces
Las negras sombras de la noche ahuyenta.

Frigio era en fin Anquises, y la madre
De los amores, que en su torno vuelan,
No desdeñó ser suya, allá del Ida
En las alturas fértiles y amenas.

Ni pienso á la verdad que Menelao,
Con tal que juzgues imparcial y atenta,
Comparados los años y el aspecto,
A mi persona preferirse deba.

No hallarás en mi padre un feroz suegro
Que sirva humanos miembros en su mesa,
De quien se aparte el sol, y aun sus caballos
Huyan por no mirar la atroz escena.

Ni el padre de Priamo con la muerte
De su suegro sus manos ensangrienta,
O da á las aguas nombre de Mirtoas,
A un inocente sumergiendo en ellas.

Ni un Tántalo en la Estigia castigado
Encontrarás tampoco en mi ascendencia,
De cuyos labios van huyendo siempre
Las frutas y aguas que alcanzar anhela.

¿Pero qué importan ¡ay! estas infamias
Si á quien de ellas nació tu mano entregas,
Viéndose así forzado el mismo Jove
A ser suegro de estirpe tan horrenda?

¡O inaudita maldad! El, siendo indigno,
De tu amable persona se apodera,
Y en quieta posesion entre tus brazos
Recoge tus caricias y finezas.

Y yo infelice solo alcanzo verte
El corto tiempo que en comer se emplea;
Tiempo en que á la verdad se ven arrojos
Que me ofenden y el alma me atraviesan.

Tales convites, cuales casi siempre
 Mi pobre sufrimiento experimenta,
 Cuando en las copas se presenta el vino,
 Solo á mis enemigos acontezcan:

Detesto el hospedage cuando ese hombre,
 Sin mirar que mis ojos lo presencian,
 La delicada y mórbida garganta
 Con los ásperos brazos te rodea.

¡O que martirio! ¡qué penosa envidia
 (Por no contarlo todo) me atormenta,
 Si tus miembros abriga comedido
 Con sus vestidos cuando á tí se allega!

Una vez que á mi vista sus cariños
 Correspondió tu labio, con presteza
 Interpuse una copa ante mis ojos,
 Por no ver ¡ó tormento! tales muestras,

Cuando groseramente cariñoso
 Entre sus brazos tu persona estrecha,
 Bajo al suelo los ojos, y el bocado
 Se atraganta en mi boca y me molesta.

¡Cuántas veces del hondo de mi pecho
 Algun suspiro exhalo, y tú proterva,
 En lugar de apiadarte, ni aun la risa
 Que te ocasiona mi penar refrenas!

Mil veces de mi pecho enamorado
 En el vino apagar quise la hoguera,
 Pero encendióse mas, y con un fuego
 Del otro mas y mas creció la fuerza.

Para no ver mil cosas que me ofenden
 Mi vista ácia otra parte se pasea,
 Mas luego, tu hermosura encantadora
 Tras sí mis ojos y atencion se lleva.

No sé lo que he de hacer: ver lo que envidio
 Por cierto que me duele y que me pesa,
 Pero es mayor dolor y mayor ansia
 Privarme de tus gracias y no verlas.

En cuanto alcanzo y puedo, lueho y trato
 Ocultar el furor que me enagena;
 Pero por mas que trate de encubrirse,
 Siempre el amor por sí se manifiesta.

No miento en lo que digo, bien lo sabes
 Pues mis heridas y mi amor penetras,
 ¡Y ojalá que tú fueras solamente
 Quien mis locos amores conociera!

¡Ay! ¡cuántas veces cauto volví el rostro
 Al ir á derramar lágrimas tiernas,
 Porque acaso tu esposo no pregunte
 La ocasion que me obliga así á verterlas!

¡Cuántas veces, despues de haber gustado
 El vino con que el bárbaro me obsequia,
 Inventadas historias referia
 De amor, fijando en tí la vista inquieta,

Para darte á entender bajo otro nombre
 El no fingido amor que en mí encendieras!
 Pues yo soy, si lo ignoras, el amante
 De quien iba contando las ternezas.

Aun hice mas, pues para usar sin nota
 En mis palabras de mayor licencia,
 Fingí que con los tragos repetidos
 La mente acalorado se me hubiera.

Acuérdome una vez, que desprendido
 El cendal que te cubre con decencia,
 Patentizó á mis ojos tu albo seno,
 Dándoles para verlo franca puerta.

¡Tu seno muy mas blanco y mas hermoso
 Que nieve no tocada y leche fresca,
 Y mas que el blanco cisne en que mudado
 Júpiter una vez sorprendió á Leda!

Mientras admiro absorto y suspendido
 Aquel cúmulo raro de bellezas,
 La copa que por suerte alzado habia
 De la atónita mano se me suelta.

Cuando tal vez á tu hija tiernecita
 Con maternal cariño ansiosa besas,
 Yo mas ansioso de su tierna boca
 Arrebato el halago que la hicieras.

Unas veces yaciendo recostado
 De amor cantaba antiguas cantilenas;
 Otras, mil señas amoroso hacia,
 Para tí claras, si á otros encubiertas.

A tus dos compañeras, ó tus damas,
Que las primeras son, Climene y Etra,
Me dirigí con amistosas voces
Para que en mi pasión me socorrieran;

Mas ellas al instante presurosas,
Sin dar á mi anhelar otra respuesta,
Sino decir que temen, escaparon,
Dejándose mis súplicas á medias.

¡Hiciesen ¡ah! los dioses soberanos,
Que tú de alguna lid el premio fueras,
Y que pudiese el vencedor dichoso
Hacer de tí su dulce compañera!

Como alcanzó á Hipodamia victoriosa,
De Pélope en el carro la destreza,
O Cual en premio consiguió Hipomenes
A Atalanta vencida en la carrera;

O á la manera en fin que el fiero Alcides
Triunfante desarmó la dura testa
Al bicorne Aqueloo, siendo así dueño,
De Deyanira y de su mano bella.

Si tú pues con iguales condiciones
Fueras del vencedor la recompensa,
Mayor mi audacia fuera, y tú verias
Que el premio en fin de mis afanes eras.

Mas ahora ¡ay Helena! suplicarte
Es el único arbitrio que me queda,
Y arrojarme á tus pies, si para hacerlo
A mi rendido amor le das licencia.

¡O de Castor y Polux honra y lustre!
¡O de tus dos hermanos gloria cierta!
¡O muger digna del excelso Jove,
Si del excelso Jove hija no fueras!

O he de volverme á los troyanos puertos
Siendo mi esposa la divina Helena,
O lejos de mi patria y desterrado
Quedaré sepultado en esta tierra.

No es la que con su dardo hizo en mi pecho
El inflexible amor llaga ligera,
Que es mi herida amorosa muy profunda
Y hasta los mismos huesos me penetra.

Predijome mi hermana que sería
De flecha celestial (bien se me acuerda)
Mi pecho traspasado. ¡Ay! ¡cuánto ha sido
En este vaticinio verdadera!

No pues desprecies ¡ay Helena hermosa!
Un amor que los hados encendieran:
¡Así los dioses fáciles y gratos
Cuanto á anhelar aciertes te concedan!

Mil cosas que decirte se me ocurren,
Mas para hablarnos juntos sin reserva,
Recíbeme en tu estancia, cuando oscura
La silenciosa noche el velo tienda.

¿Temes violar la fe del himeneo,
Y de acogerme á solas te avergüenzas?
¿O perjura ofender del lecho santo
Los derechos legítimos recelas?

¡Ah! que eres en verdad sobrado simple,
Por no decirte que eres indiscreta,
Si has podido pensar que sin delito
Puede estar una cara tan perfecta.

O es preciso que mudes ese rostro,
O es preciso que dejes la dureza,
Porque la castidad y la hermosura
O nunca ó raras veces se concuerdan.

De estas traiciones amorosas Jove
Y Venus hermosísima se alegran;
Y no me negarás que estas traiciones
Hicieron que aquel dios tu padre fuera.

Si las inclinaciones y costumbres,
De los padres, los hijos las heredan,
Hija siendo de Jove y Leda hermosa
¿Cómo, Helena, podrás ser siempre honesta?

Con todo, lo serás, si así lo quieres,
Cuando Troya mi pátria te posea;
Y todas tus traiciones en mí solo,
Yo te lo ruego, fin dichoso tengan.

Que si entrambos ahora delinquimos,
El lazo conyugal todo lo enmienda;
Si al menos para mí no han sido vanas
De la deidad de Chipre las promesas.

Si no con las palabras, con las obras
 Esto mismo tu esposo te aconseja,
 Pues para no estorbar las dichas mias
 Y tus traiciones, pródigo se ausenta.

No tuvo tiempo tu prudente esposo
 Mas oportuno para ver á Creta:
 ¡Cuán admirable ¡ó bravo Menelao!
 Es tu penetracion y tu cautela!

El se partió y al irse te decia:
 „Helena adios: en mi lugar te queda.
 „Mira que á París, el troyano huesped
 „Al tuyo mi cuidado recomienda.”

Pero tú, yo lo juro, los mandatos
 De tu ausente marido poco aprecias,
 Supuesto que á pesar de cuanto dijo
 Ningun cuidado de tu huesped muestras.

¿Por ventura imaginas, que ese insulso,
 Hombre sin corazon, apreciar sepa
 De tus divinas gracias y hermosura
 Todo el valor? te engañas si lo piensas.

Te engañas, sí; no sabe cuanto valgas,
 Pues si el rico tesoro conociera
 Que en tí, sin merecerlo, el necio tiene,
 No lo fiára á manos extranjeras.

Aunque á corresponder el amor mio
 Ni mis palabras, ni mi ardor te muevan,
 Su indolencia y descuido imperdonables
 A los dos á querernos nos estrechan.

¿O seremos tan necios que excedamos
 Su misma estupidez y su indolencia,
 Dejando así pasar inútilmente
 El tiempo y la ocasion que él nos franquea?

El simple casi con sus mismas manos
 En mí un amante tierno te presenta;
 Aprovechate pues, ya que es tan necio,
 De su simplicidad é inadvertencia.

Yaces desamparada, triste y sola
 En mísera viudez la noche entera,
 Y yo desamparado, amante y triste
 Yago solo tambien la noche eterna.

Permite pues que en la callada noche
Mutua conversacion nos entretenga;
Será, si lo concedes, mas que el día
Tal noche para mí clara y serena.

Entonces por los númenes eternos
Te jurará mi fe cuanto apetezcas,
Y serán las palabras con que jure
Las que tú prescribieres á mi lengua.

Entonces yo, si acaso no me engaña,
La confianza, que en mi pecho reina,
Lograré persuadirte á que me sigas,
Y que á mi reino en fin, conmigo vengas.

Pero si te avergüenzas, si es que temes
Parecer fugitiva, y que se crea
Que á un hombre sigues; yo la culpa toda
Quiero, y sabré apropiarme, de tu ausencia.

La accion imitaré del gran Teseo,
De tus hermanos seguiré las huellas,
Cuyo ejemplo no puede ser mas propio
Para que tú á imitarlo te resuelvas.

Robóte á tí Teseo, y tus hermanos
A las dos de Leucipo hijas gemelas,
Y yo el cuarto seré de quien se cuente
En las historias semejante empresa.

De armas y de soldados guarnecida,
Mi flota por fortuna está dispuesta,
Y los remos y el viento por las ondas
Harán sin duda rápida la senda.

Serás entonces de la rica Troya
En las ciudades poderosa reina,
Y una nueva deidad te creará el vulgo
Cuando á sus puertos arribar te vea.

Do quiera que tus pasos se dirijan
Verás como en tu honor perfumes queman,
Y mancharán las víctimas el suelo
Que en holocausto á tu deidad se ofrezcan.

Mi padre con mi madre y mis hermanos,
Mis hermanas tambien á competencia,
Y las troyanas y la Frigia toda
Te colmarán de dones placenteras.

Mas ¡ay! que de los bienes que te aguardan
 Contar alguna parte puedo apenas,
 Pues mucho mas tendrás cuando allí llegues
 Que cuanto á referir mi carta acierta.

Ni acaso temas, porque vas robada,
 Que nos han de seguir horribles guerras,
 Ni que en pos de nosotros vengativa
 Concitada la Grecia arme sus fuerzas.

Porque de tantas, que robadas fueron,
 ¿A quién ha reclamado la violencia?
 Creeme, Helena: son vanos los temores
 Que en estas ocasiones amedrentan.

Robóse á Oritia, la hija de Erecteo,
 Boreas el rey de Tracia á guerra abierta,
 Ni por eso sus reinos y provincias
 Con guerras inundára el rey de Atenas.

Jason el de Tesalia, yendo á Colcos
 En un nuevo bajel, robó á Medea,
 Sin que por los de Colcos á Tesalia
 De aquí se originase alguna ofensa.

Igualmente que á tí, robó Teseo
 A Ariadna, de Minos heredera,
 Mas no por ello Minos á las armas
 A los suyos se ha visto que compela.

En tales ocasiones suele el miedo
 Ser mayor que el peligro que se espera,
 Y avergüenza despues haber temido
 Lo que temer se imaginó prudencia.

Mas con todo, figúrate si quieres
 Que se siga una guerra áspera y fiera;
 Tambien se encuentran fuerzas en mi brazo,
 Tambien hieren las armas que él maneja.

No es menos en riquezas poderosa
 Mi pátria, Helena, que la pátria vuestra;
 Riquísima en guerreros es el Asia,
 Y en caballos abundan sus dehesas.

Ni mayor del Atrida Menelao
 Ha de ser el valor, que el que se encierra
 En el pecho de Páris; ni en las armas,
 Ni en pericia tampoco me supera.

Casi niño era aún, y debelados
 Los enemigos, recobró mi diestra
 El ganado que astutos se robáran,
 Y esta accion me dió el nombre que en mi ob-
 (servas.

Casi niño era aún, y á los mancebos
 En la lucha vencí veces diversas,
 Entre los cuales uno es Ilioneo
 Y otro Deifobo, máximos atletas.

Ni acaso, hermosa Helena, te imagines
 Que solo soy temible estando cerca,
 Que también á distancia, do yo quiero
 Se fijan mis mortíferas saetas.

¿Puedes acaso á los primeros años
 Atribuir del Atrida estas proezas?

¿O puedes adornarlo por ventura
 En manejar el arco con mi ciencia?

¿Mas le darás un Hector por hermano,
 Aun cuando todo en fin se lo concedas?

¿Un Hector esforzado que equivale
 A un ejército él solo en fortaleza?

No sabes en verdad cuánto yo valga,
 Ni mis fuerzas conoces cuanto puedan,
 Ignorando cual es y ha sido siempre
 De tu futuro esposo la excelencia.

O no serás, por tanto, reclamada
 Con bélico aparato de la Grecia,
 O si lo fueres vencerán los míos
 A cuantos griegos á la lid se atrevan.

Y á gran dicha tendré tomar las armas
 Por esposa tan alta y hechicera,
 Que premio tan sublime y anhelado
 Excita poderoso á la pelea.

Mas tú, si el orbe todo en armas puesto,
 Divina Helena, en fin por tí contienda,
 En la posteridad de las edades
 Gran nombre adquirirás y fama eterna.

Sal pues de este palacio solamente,
 Sal con feliz agüero, nada temas,
 Y con seguridad exige luego
 Cuanto te prometió mi fe sincera.

Ciudades hay sin número espaciosas,
Y palacios riquísimos en ellas;
Los altos templos de los dioses, dignos
De las deidades son que allí se alvergan.

Verás el Ilion y las murallas
En que elevadas torres señorean,
Edificadas por el mismo Apolo
Al son divino de su lira egregia.

¿Qué te diré del número y la turba
De los varones que la Frigia encierra?
Apenas puede aquel dichoso suelo
Sostener á los hombres que lo pueblan.

Encontrarás crecidos escuadrones
De matronas troyanas por do quiera,
Y con trabajo abarcan nuestros átrios
La hermosa multitud de las doncellas.

Cuantas veces alegre y sorprendida
¡O cuán pobre, dirás, es nuestra Grecia!
Al ver que cada habitacion troyana
De una ciudad contiene la opulencia,

No quiero, ni me es lícito tampoco
Menospreciar á Esparta por pequeña;
Tú nacistes en ella, y esto basta
Para ser á mis ojos de gran cuenta.

Pero Esparta es pequeña, Esparta es pobre,
Y otra cosa mejor merece Helena;
Que á tan rara beldad como la tuya
No corresponde, no, region como esta.

Otros adornos, otros aparatos,
Que sin fin se renueven y sucedan,
Exige tu hermosura incomparable,
En que abunden delicias siempre nuevas.

Ya ves el rico adorno y los vestidos
Con que mis compañeros se aderezan,
Por él inferirás cual es el lujo
Que de Frigia las jóvenes ostentan.

No te muestres ¡ó Helena! inexorable,
Ni por esposo desdeñarme quieras,
Porque griega en la Grecia tú nacieses,
Y porque frigio en Frigia yo naciera.

Frigio era y de mi sangre Ganímedes,
Que en copa celestial el dulce nectar
Sirve ahora á los dioses soberanos,
Arrebatado á la celeste esfera.

De Frigia era Títon, á quien robára
Para su esposo la deidad risueña,
Que con alegres y rosadas luces
Las negras sombras de la noche ahuyenta.

Frigio era en fin Anquises, y la madre
De los amores, que en su torno vuelan,
No desdeñó ser suya, allá del Ida
En las alturas fértiles y amenas.

Ni pienso á la verdad que Menelao,
Con tal que juzgues imparcial y atenta,
Comparados los años y el aspecto,
A mi persona preferirse deba.

No hallarás en mi padre un feroz suegro
Que sirva humanos miembros en su mesa,
De quien se aparte el sol, y aun sus caballos
Huyan por no mirar la atroz escena.

Ni el padre de Priamo con la muerte
De su suegro sus manos ensangrienta,
O da á las aguas nombre de Mirtoas,
A un inocente sumergiendo en ellas.

Ni un Tántalo en la Estigia castigado
Encontrarás tampoco en mi ascendencia,
De cuyos labios van huyendo siempre
Las frutas y aguas que alcanzar anhela.

¿Pero qué importan ¡ay! estas infamias
Si á quien de ellas nació tu mano entregas,
Viéndose así forzado el mismo Jove
A ser suegro de estirpe tan horrenda?

¡O inaudita maldad! El, siendo indigno,
De tu amable persona se apodera,
Y en quieta posesion entre tus brazos
Recoge tus caricias y finezas.

Y yo infelice solo alcanzo verte
El corto tiempo que en comer se emplea;
Tiempo en que á la verdad se ven arrojos
Que me ofenden y el alma me atraviesan.

Tales convites, cuales casi siempre
 Mi pobre sufrimiento experimenta,
 Cuando en las copas se presenta el vino,
 Solo á mis enemigos acontezcan:

Detesto el hospedage cuando ese hombre,
 Sin mirar que mis ojos lo presencian,
 La delicada y mórbida garganta
 Con los ásperos brazos te rodea.

¡O que martirio! ¡qué penosa envidia
 (Por no contarlo todo) me atormenta,
 Si tus miembros abriga comedido
 Con sus vestidos cuando á tí se allega!

Una vez que á mi vista sus cariños
 Correspondió tu labio, con presteza
 Interpuse una copa ante mis ojos,
 Por no ver ¡ó tormento! tales muestras,

Cuando groseramente cariñoso
 Entre sus brazos tu persona estrecha,
 Bajo al suelo los ojos, y el bocado
 Se atraganta en mi boca y me molesta.

¡Cuántas veces del hondo de mi pecho
 Algun suspiro exhalo, y tú proterva,
 En lugar de apiadarte, ni aun la risa
 Que te ocasiona mi penar refrenas!

Mil veces de mi pecho enamorado
 En el vino apagar quise la hoguera,
 Pero encendióse mas, y con un fuego
 Del otro mas y mas creció la fuerza.

Para no ver mil cosas que me ofenden
 Mi vista ácia otra parte se pasea,
 Mas luego, tu hermosura encantadora
 Tras sí mis ojos y atencion se lleva.

No sé lo que he de hacer: ver lo que envidio
 Por cierto que me duele y que me pesa,
 Pero es mayor dolor y mayor ansia
 Privarme de tus gracias y no verlas.

En cuanto alcanzo y puedo, lueho y trato
 Ocultar el furor que me enagena;
 Pero por mas que trate de encubrirse,
 Siempre el amor por sí se manifiesta.

No miento en lo que digo, bien lo sabes
 Pues mis heridas y mi amor penetras,
 ¡Y ojalá que tú fueras solamente
 Quien mis locos amores conociera!

¡Ay! ¡cuántas veces cauto volví el rostro
 Al ir á derramar lágrimas tiernas,
 Porque acaso tu esposo no pregunte
 La ocasion que me obliga así á verterlas!

¡Cuántas veces, despues de haber gustado
 El vino con que el bárbaro me obsequia,
 Inventadas historias referia
 De amor, fijando en tí la vista inquieta,

Para darte á entender bajo otro nombre
 El no fingido amor que en mí encendieras!
 Pues yo soy, si lo ignoras, el amante
 De quien iba contando las ternezas.

Aun hice mas, pues para usar sin nota
 En mis palabras de mayor licencia,
 Fingí que con los tragos repetidos
 La mente acalorado se me hubiera.

Acuérdome una vez, que desprendido
 El cendal que te cubre con decencia,
 Patentizó á mis ojos tu albo seno,
 Dándoles para verlo franca puerta.

¡Tu seno muy mas blanco y mas hermoso
 Que nieve no tocada y leche fresca,
 Y mas que el blanco cisne en que mudado
 Júpiter una vez sorprendió á Leda!

Mientras admiro absorto y suspendido
 Aquel cúmulo raro de bellezas,
 La copa que por suerte alzado habia
 De la atónita mano se me suelta.

Cuando tal vez á tu hija tiernecita
 Con maternal cariño ansiosa besas,
 Yo mas ansioso de su tierna boca
 Arrebato el halago que la hicieras.

Unas veces yaciendo recostado
 De amor cantaba antiguas cantilenas;
 Otras, mil señas amoroso hacia,
 Para tí claras, si á otros encubiertas.

A tus dos compañeras, ó tus damas,
Que las primeras son, Climene y Etra,
Me dirigí con amistosas voces
Para que en mi pasión me socorrieran;

Mas ellas al instante presurosas,
Sin dar á mi anhelar otra respuesta,
Sino decir que temen, escaparon,
Dejándose mis súplicas á medias.

¡Hiciesen ¡ah! los dioses soberanos,
Que tú de alguna lid el premio fueras,
Y que pudiese el vencedor dichoso
Hacer de tí su dulce compañera!

Como alcanzó á Hipodamia victoriosa,
De Pélope en el carro la destreza,
O Cual en premio consiguió Hipomenes
A Atalanta vencida en la carrera;

O á la manera en fin que el fiero Alcides
Triunfante desarmó la dura testa
Al bicorne Aqueloo, siendo así dueño,
De Deyanira y de su mano bella.

Si tú pues con iguales condiciones
Fueras del vencedor la recompensa,
Mayor mi audacia fuera, y tú verias
Que el premio en fin de mis afanes eras.

Mas ahora ¡ay Helena! suplicarte
Es el único arbitrio que me queda,
Y arrojarme á tus pies, si para hacerlo
A mi rendido amor le das licencia.

¡O de Castor y Polux honra y lustre!
¡O de tus dos hermanos gloria cierta!
¡O muger digna del excelso Jove,
Si del excelso Jove hija no fueras!

O he de volverme á los troyanos puertos
Siendo mi esposa la divina Helena,
O lejos de mi patria y desterrado
Quedaré sepultado en esta tierra.

No es la que con su dardo hizo en mi pecho
El inflexible amor llaga ligera,
Que es mi herida amorosa muy profunda
Y hasta los mismos huesos me penetra.

Predijome mi hermana que sería
De flecha celestial (bien se me acuerda)
Mi pecho traspasado. ¡Ay! ¡cuánto ha sido
En este vaticinio verdadera!

No pues desprecies ¡ay Helena hermosa!
Un amor que los hados encendieran:
¡Así los dioses fáciles y gratos
Cuanto á anhelar aciertes te concedan!

Mil cosas que decirte se me ocurren,
Mas para hablarnos juntos sin reserva,
Recíbeme en tu estancia, cuando oscura
La silenciosa noche el velo tienda.

¿Temes violar la fe del himeneo,
Y de acogerme á solas te avergüenzas?
¿O perjura ofender del lecho santo
Los derechos legítimos recelas?

¡Ah! que eres en verdad sobrado simple,
Por no decirte que eres indiscreta,
Si has podido pensar que sin delito
Puede estar una cara tan perfecta.

O es preciso que mudes ese rostro,
O es preciso que dejes la dureza,
Porque la castidad y la hermosura
O nunca ó raras veces se concuerdan.

De estas traiciones amorosas Jove
Y Venus hermosísima se alegran;
Y no me negarás que estas traiciones
Hicieron que aquel dios tu padre fuera.

Si las inclinaciones y costumbres,
De los padres, los hijos las heredan,
Hija siendo de Jove y Leda hermosa
¿Cómo, Helena, podrás ser siempre honesta?

Con todo, lo serás, si así lo quieres,
Cuando Troya mi pátria te posea;
Y todas tus traiciones en mí solo,
Yo te lo ruego, fin dichoso tengan.

Que si entrambos ahora delinquimos,
El lazo conyugal todo lo enmienda;
Si al menos para mí no han sido vanas
De la deidad de Chipre las promesas.

Si no con las palabras, con las obras
 Esto mismo tu esposo te aconseja,
 Pues para no estorbar las dichas mias
 Y tus traiciones, pródigo se ausenta.

No tuvo tiempo tu prudente esposo
 Mas oportuno para ver á Creta:
 ¡Cuán admirable ¡ó bravo Menelao!
 Es tu penetracion y tu cautela!

El se partió y al irse te decia:
 „Helena adios: en mi lugar te queda.
 „Mira que á París, el troyano huesped
 „Al tuyo mi cuidado recomienda.”

Pero tú, yo lo juro, los mandatos
 De tu ausente marido poco aprecias,
 Supuesto que á pesar de cuanto dijo
 Ningun cuidado de tu huesped muestras.

¿Por ventura imaginas, que ese insulso,
 Hombre sin corazon, apreciar sepa
 De tus divinas gracias y hermosura
 Todo el valor? te engañas si lo piensas.

Te engañas, sí; no sabe cuanto valgas,
 Pues si el rico tesoro conociera
 Que en tí, sin merecerlo, el necio tiene,
 No lo fiára á manos extranjeras.

Aunque á corresponder el amor mio
 Ni mis palabras, ni mi ardor te muevan,
 Su indolencia y descuido imperdonables
 A los dos á querernos nos estrechan.

¿O seremos tan necios que excedamos
 Su misma estupidez y su indolencia,
 Dejando así pasar inútilmente
 El tiempo y la ocasion que él nos franquea?

El simple casi con sus mismas manos
 En mí un amante tierno te presenta;
 Aprovechate pues, ya que es tan necio,
 De su simplicidad é inadvertencia.

Yaces desamparada, triste y sola
 En mísera viudez la noche entera,
 Y yo desamparado, amante y triste
 Yago solo tambien la noche eterna.

Permite pues que en la callada noche
Mutua conversacion nos entretenga;
Será, si lo concedes, mas que el día
Tal noche para mí clara y serena.

Entonces por los númenes eternos
Te jurará mi fe cuanto apetezcas,
Y serán las palabras con que jure
Las que tú prescribieres á mi lengua.

Entonces yo, si acaso no me engaña,
La confianza, que en mi pecho reina,
Lograré persuadirte á que me sigas,
Y que á mi reino en fin, conmigo vengas.

Pero si te avergüenzas, si es que temes
Parecer fugitiva, y que se crea
Que á un hombre sigues; yo la culpa toda
Quiero, y sabré apropiarme, de tu ausencia.

La accion imitaré del gran Teseo,
De tus hermanos seguiré las huellas,
Cuyo ejemplo no puede ser mas propio
Para que tú á imitarlo te resuelvas.

Robóte á tí Teseo, y tus hermanos
A las dos de Leucipo hijas gemelas,
Y yo el cuarto seré de quien se cuente
En las historias semejante empresa.

De armas y de soldados guarnecida,
Mi flota por fortuna está dispuesta,
Y los remos y el viento por las ondas
Harán sin duda rápida la senda.

Serás entonces de la rica Troya
En las ciudades poderosa reina,
Y una nueva deidad te creará el vulgo
Cuando á sus puertos arribar te vea.

Do quiera que tus pasos se dirijan
Verás como en tu honor perfumes queman,
Y mancharán las víctimas el suelo
Que en holocausto á tu deidad se ofrezcan.

Mi padre con mi madre y mis hermanos,
Mis hermanas tambien á competencia,
Y las troyanas y la Frigia toda
Te colmarán de dones placenteras.

Mas ¡ay! que de los bienes que te aguardan
 Contar alguna parte puedo apenas,
 Pues mucho mas tendrás cuando allí llegues
 Que cuanto á referir mi carta acierta.

Ni acaso temas, porque vas robada,
 Que nos han de seguir horribles guerras,
 Ni que en pos de nosotros vengativa
 Concitada la Grecia arme sus fuerzas.

Porque de tantas, que robadas fueron,
 ¿A quién ha reclamado la violencia?
 Creeme, Helena: son vanos los temores
 Que en estas ocasiones amedrentan.

Robóse á Oritia, la hija de Erecteo,
 Boreas el rey de Tracia á guerra abierta,
 Ni por eso sus reinos y provincias
 Con guerras inundára el rey de Atenas.

Jason el de Tesalia, yendo á Colcos
 En un nuevo bajel, robó á Medea,
 Sin que por los de Colcos á Tesalia
 De aquí se originase alguna ofensa.

Igualmente que á tí, robó Teseo
 A Ariadna, de Minos heredera,
 Mas no por ello Minos á las armas
 A los suyos se ha visto que compela.

En tales ocasiones suele el miedo
 Ser mayor que el peligro que se espera,
 Y avergüenza despues haber temido
 Lo que temer se imaginó prudencia.

Mas con todo, figúrate si quieres
 Que se siga una guerra áspera y fiera;
 Tambien se encuentran fuerzas en mi brazo,
 Tambien hieren las armas que él maneja.

No es menos en riquezas poderosa
 Mi pátria, Helena, que la pátria vuestra;
 Riquísima en guerreros es el Asia,
 Y en caballos abundan sus dehesas.

Ni mayor del Atrida Menelao
 Ha de ser el valor, que el que se encierra
 En el pecho de Páris; ni en las armas,
 Ni en pericia tampoco me supera.

Casi niño era aún, y debelados
 Los enemigos, recobró mi diestra
 El ganado que astutos se robáran,
 Y esta acción me dió el nombre que en mi ob-
 (servas.

Casi niño era aún, y á los mancebos
 En la lucha vencí veces diversas,
 Entre los cuales uno es Ilioneo
 Y otro Deifobo, máximos atletas.

Ni acaso, hermosa Helena, te imagines
 Que solo soy temible estando cerca,
 Que también á distancia, do yo quiero
 Se fijan mis mortíferas saetas.

¿Puedes acaso á los primeros años
 Atribuir del Atrida estas proezas?

¿O puedes adornarlo por ventura
 En manejar el arco con mi ciencia?

¿Mas le darás un Hector por hermano,
 Aun cuando todo en fin se lo concedas?

¿Un Hector esforzado que equivale
 A un ejército él solo en fortaleza?

No sabes en verdad cuánto yo valga,
 Ni mis fuerzas conoces cuanto puedan,
 Ignorando cual es y ha sido siempre
 De tu futuro esposo la excelencia.

O no serás, por tanto, reclamada
 Con bélico aparato de la Grecia,
 O si lo fueres vencerán los míos
 A cuantos griegos á la lid se atrevan.

Y á gran dicha tendré tomar las armas
 Por esposa tan alta y hechicera,
 Que premio tan sublime y anhelado
 Excita poderoso á la pelea.

Mas tú, si el orbe todo en armas puesto,
 Divina Helena, en fin por tí contienda,
 En la posteridad de las edades
 Gran nombre adquirirás y fama eterna.

Sal pues de este palacio solamente,
 Sal con feliz agüero, nada temas,
 Y con seguridad exige luego
 Cuanto te prometió mi fe sincera.

Lo que falta que hablar, lo trataremos
 Por Etra y por Climene, pues entre ambas,
 Al tiempo mismo que mis compañeras,
 Mis consejeras son y secretarias.



HEROIDA DECIMOCTAVA.

ARGUMENTO.

Leandro, natural de Abido, amaba perdidamente á la jóven Hero, natural de Sesto, cuyos lugares estaban separados por el mar llamado Helesponto, á quien dió este nombre el naufragio de una jóven llamada Heles. Para vencer esta separacion atravesaba Leandro el estrecho á nado, guiado de la luz que Hero tenia cuidado de encender por las noches en una torre á la otra orilla. Pero no habiendo podido nadar en siete noches seguidas, á causa de la tempestad, escribió esta carta, asegurando á su querida de su amor, recordando su primer viage, y prometiendo aventurarse si no cesaba la tempestad.

LEANDRO

HERO.

La salud que mas bien llevarte ansiára,
Si moderase el piélago sus iras,
El morador de Abido que te adora,
¡O belleza de Sesto! á tí te envia.

Si me son favorables las deidades,
Y en mi ardoroso amor me son benignas,
No con ojos enjutos ni gustosos
Leerás, Hero hermosísima, estas lineas.

Mas no me son benignas, pues á serlo
¿Por qué mis dulces votos detendrian,
No permitiendo que, cual otras veces,
Atraviесе las ondas conocidas?

Tú misma estás mirando el torvo cielo
Mas negro que la pez, y como silvan
Los vientos en la mar, por donde apenas
Atravesar podrán las huecas quillas.

Un marinero audaz, que entre tus manos
Esta carta pondrá si salvo arriba,
El único es, que intrépido se arroja
A navegar, dejando estas orillas.

Entrárame con él, si no mirára
Que al tiempo que su nave desprendia
De las fuertes amarras, toda Abido
De espectadora estaba á su salida.

Mi pasion amorosa, como antes
Esconder á mis padres no podia,
Y el amor que ocultar queremos ambos
Hubiera publicado mi partida.

Mas al punto escribí esta, y „vé, la dije,
„Vé, venturosa carta, parte aprisa,
„Verás como mi bien su hermosa mano
„Te alarga cuando ansiosa te reciba.

„Tal vez de ser tocada con sus labios
 „Alcanzarás la deliciosa dicha,
 „Cuando para romper el blando sello
 „Las perlas de su boca lo dividan.”

Dichas estas palabras, que mi labio
 Amante pronunció con voz sumisa,
 Las otras cosas que anhelé decirte
 La diestra fiel se apresuró á escribirlas.

¡Ah! ¡cuánto mas quisiera que mi mano
 En lugar de escribir, nadando activa,
 Acia tí presurosa y diligente
 Me condujese por la usada via!

Que para dividir el mar tranquilo
 Es en verdad mas apta y espedita,
 Aunque no menos si á escribir la pongo
 Es de mis pensamientos fiel ministra.

Siete noches son ya, para mí largas
 Mas que de un año la estension prolija,
 Despues que han sido las sonantes aguas
 Por el áspero viento combatidas.

En todas ellas, si del blando sueño
 Fueron acariciadas mis pupilas,
 Quiero que el mar prolongue los furores
 Conque en mi daño horrisono se agita.

Desde alguna alta roca de contino
 Tristes mis ojos tus riberas miran,
 Y ya que con el cuerpo no me es dado
 Voy con el pensamiento adonde habitas.

Las veladoras luces que previenes
 Tambien mis ojos desde aquí registran,
 O si á verlas no alcanzan, á lo menos
 Se fingen en la torre descubrirlas.

Ya tres veces depuse en el arena
 Las ropas de mi cuerpo desasidas,
 Y tres veces desnudo por las bravas
 Ondas me quise abrir la senda antigua.

Pero el inflado mar con sus vaivenes [®]
 Cortó mis juveniles osadías,
 Y hundióme, recruzándose sus aguas
 De mi nadante cuerpo por encima.

Mas á tí, ó el mas crudo de los vientos,
 Tenacísimo Boreas, ¿qué te obliga
 A declararme tan tenace guerra
 Con la perversidad mas decidida?

Contra mí encarnizado, si lo ignoras,
 No contra el móvil piélagos te irritas:
 ¿Qué hicieras si mi amor no conocieses,
 Pues sabiéndolo, así te encolerizas?

Siendo tú mas helado que la nieve
 No negarás, protervo, que algun día
 Tu duro corazón se vió abrasado
 En los amores de la bella Oritia.

Si cuando tú, de tu pasión vencido,
 Los placeres de amor á gozar ibas,
 A impedírtelo alguno se atreviera,
 ¿Cómo, inhumano, dí, lo llevarías?

Sé piadoso conmigo, y de tus soplos
 Modera blando la violencia impía,
 ¡Así jamás Eolo con imperio
 Cosa alguna te ordene que te aflija!

En vano es mi rogar; antes parece
 Que al escuchar mi súplica rendida
 Brama con mas furor, ni en parte alguna
 Las aguas que atormenta, pacífica.

¡Ojalá que el gran Dédalo me diese
 En esta vez sus alas atrevidas,
 Aunque el mar á quien Icaro dió nombre
 No lejos de esta playa se divisa!

Con tal que ora volar me fuese dado
 Cualquier cosa gustoso sufriría,
 Que no es la vez primera que mi cuerpo
 Sobre las aguas peligrosas gira.

Entre tanto que todo me lo niegan
 Los vientos y la mar ensordecida,
 Recuerdo embelesado el primer tiempo
 En que cogió mi amor dulces primicias.

Principiaba la noche (que es deleite)
 Recordar las pasadas alegrías)
 Cuando salí de la paterna casa
 Ocultando de todos mi salida.

Sin demora, depuestos los vestidos,
Y con ellos cualquiera cobardía,
Mis nadadores brazos al instante
En las líquidas ondas se ejercitan.

La brilladora luna en aquel punto
Con sus trémulas luces compasiva
Me alumbraba, oficiosa compañera
En el nuevo camino que emprendia.

Venerándola entonces, de esta suerte
La comencé á decir: „Cándida diva,
„Préstame tu favor: recuerda el gozo
„Que tuviste de Latmia en las campiñas

„Con Endimion.... ¡O venturoso amante!
„¡El, que te muestres rigurosa impida!
„Mira benigna la amorosa empresa
„De quien con tanto ardor te lo suplica.

„Tú siendo diosa y á un mortal buscando
„Del luminoso cielo descendias;
„Tambien la que yo busco es una diosa;
„Decir esta verdad se me permita.

„Aunque pase en silencio sus costumbres
„(De un pecho celestial costumbres dignas)
„A ninguna mortal sino á las diosas
„Caber puede beldad tan peregrina.

„Despues de tu hermosura y la de Venus,
„Con la suya no hay otra que compita;
„Y para no dar crédito tan solo
„A mis palabras, mírala tu misma.

„Cuanto la luz de las estrellas todas
„En ese campo azul es excedida
„Del destello argentado de tus llamas,
„Cuando con rayos refulgentes brillas;

„Tanto es muy mas hermosa mi adorada
„Entre las que de hermosas se glorian:
„Y si tú lo dudáras, yo dijera
„Que son ciegas tus luces, bella Cintia.”

Mientras estas, ó cosas semejantes
A la deidad espléndida decia,
En la serena noche era llevado
Por las ondas que fáciles se abrian,

Heridas de los rayos de la luna
 Reflejaban su imágen cristalinas
 Las aguas, y en la noche silenciosa
 Diurnos esplendores se veían.

Ninguna voz llegaba á mis oídos,
 Ningun leve rumor se percibía,
 Ni otro murmullo entonces se escuchaba
 Que el de las aguas por mi cuerpo hendidas.

Los Alciones solos, no olvidados
 De su trágica historia primitiva,
 Parecióme que allí se lamentaban
 Con no sé qué agradable melodía.

Apurándome ya desde los hombros
 Del uno y otro brazo la fatiga,
 Con ímpetu levanto la cabeza
 Y en las ondas el cuerpo se equilibra.

Apenas ví las luces á lo lejos,
 „ En esa llama, dije, está la mía:
 „ Esa torre mil veces venturosa
 „ La lumbre de mis ojos deposita.

Y súbito á los miembros fatigados
 Tornan las fuerzas, otra vez, perdidas,
 Pareciéndome entonces que las ondas
 Con menos resistencia se oponían.

La ardiente llama que el amor activo
 En el ávido pecho me encendía
 Impidió que á mi cuerpo penetrase
 Del yerto mar la frialdad nativa.

Cuanto mas me adelanto; cuanto grata
 Mas y mas la ribera se aproxima,
 Y cuanto mas es corta la distancia,
 Tanto mas á nadar me decidía.

Cuando pude ser visto, tú al instante,
 Espectadora amante y prevenida
 Te ofreciste á mis ojos, añadiendo
 Esfuerzo á mi vigor, y valentía.

Entonces, aun nadando procuraba
 Cuidadoso agrandar á mi querida,
 Y en igual y alternado movimiento
 Agitaba los brazos á tu vista.

Estorbar que bajases de la torre
 Afanosa cuidaba tu nodriza,
 Pues esto ví tambien, lleno de gozo
 Al ver que en tus promesas no mentias.

Mas al cabo tu anciana compañera
 Por mas que tu carrera detenia
 No impidió que tus plantas se mojasen
 Con las primeras aguas que allí pisas.

Con los brazos abiertos me recibes
 Y me colmas de abrazos y caricias:
 Caricias ¡ay! tan dignas de buscarse
 Arrostrando del mar las sendas frias.

La fina veste próvida me alargas
 De tus hermosos hombros desprendida,
 Y el cabello me enjugas empapado
 En las salobres ondas que aun destila.

Cual fue mi gozo, sábelo la noche
 Nosotros, y la torre que lo via,
 Y la antorcha tambien, que fue mi faro
 Mostrándome en los mares la rutina.

De tan dichosa noche, no es mas fácil
 Numerar las dulzuras infinitas,
 Que reducir á número las ovas
 Que el Helesponto en su llanura cria.

Cuanto mas se acertaba el breve tiempo
 Concedido á tan plácida entrevista,
 Tanto mas se cuidó que no quedase
 Su rapidez inútil y perdida.

La noche huyendo, de Titon la esposa
 Sus luces anunciaba matutinas,
 Pues ya su precursor el gran lucero
 Sus azulados rayos despedia.

Entonces los cariños redoblamos
 Sin orden y con ansia la mas viva,
 Quejándonos los dos de que tan breve
 El tiempo de la noche se desliza.

La exigente nodriza una vez y otra, [®]
 Que es hora de partir dura me avisa:
 A mi pesar en fin la torre dejo,
 Y á las aguas mi planta se encamina.

Con lágrimas los dos nos separamos,
Y al mar entrando con accion remisa
Nado, viendo á mi amada todo el tiempo
Que esta felicidad me es permitida.

Si fe no niegas á quien es sincero,
Al ir (tal es entonces mi pericia)
Un espedito nadador parezco,
Mas un náufrago soy á la venida.

Y si aun crédito dasá lo que añado,
Cuando á tí voy el piélagos declina,
Cual suave pendiente, y cuando vuelvo
Se me presenta luego cuestarriba

Forzado y triste tórnome á mi pátria,
La que de todos siendo apetecida
Solo yo moro en ella á pesar mio;
¿Quién tanta repugnancia en mí creeria?

¿Por qué ese breve estrecho nos separa
Cuando las almas ¡ay! están unidas?
¿Por qué, si un solo espíritu nos rige,
Una sola ciudad no nos abriga?

© recíbame Sesto en su recinto,
O Abido en sus murallas te reciba,
Pues tanto á mí tu venturosa pátria
Me es agradable cuanto á tí la mia.

¿Por qué mi corazon no está tranquilo
Cuantas veces la mar no está tranquila?
¿Y por qué el viento en fin, causa tan leve,
Estorba que mis ansias se consigan?

Ya tienen los delfines sinuosos
Mi pasion amorosa conocida,
Ni soy extraño ya, segun parece,
A cuantos peces en las ondas triscan.

Visible y señalado mi sendero
En el trillado mar se patentiza,
Como se vé la senda en la llanura,
Por do suele pasar rueda continua.

Antes me lamentaba de que solo
Me fuese por los mares concedida
La senda, mas ahora me lamento
De que aun asi los vientos me la quitan.

Mas y mas se encanece el Helesponto
 A fuerza de las olas repetidas;
 Y la medrosa nave á duras penas
 En el puerto segura se imagina.

Tan agitado como ahora juzgo
 Que este mar por los vientos estaria,
 Cuando adquiriera de Helesponto el nombre,
 Siendo Heles en su abismo sumergida.

Por haberse tragado á esta doncella,
 Cortando el hilo á sus tempranos dias
 Se ve infame y su crimen en el nombre,
 Aunque á mi me perdona, claro indica.

Envidia tengo á Friso, hermano de Heles,
 A quien seguro entonces conducia
 El rico ariete de vellon dorado
 En medio de estas ondas sacudidas.

Ni sin embargo de ese ariete ó nave
 Anhelára el auxilio en la marina,
 Bastárame que fuesen estas aguas,
 Para poder nadar, menos altivas.

No la náutica ciencia necesito,
 Que si el nadar en fin no se me priva
 Entonces á la vez seré yo solo
 Piloto, pasajero y navecilla.

Ni observaré del cielo las estrellas
 Que mi curso marítimo dirijan:
 Mi amor no ha menester costelaciones;
 Otra es la hermosa estrella que lo guia.

Otro á Andrómeda busque entre los astros,
 Otro de Ariadna la corona siga,
 La Osa Parrasia en fin otro registre,
 Que en el helado polo luce umbría;

Que á mí no agrada que en dudosa senda
 De fanales equívocos me sirvan
 Las beldades que amaron con Perseo
 Jove el infiel, y el padre de las viñas.

Otro es muy mas seguro el astro hermoso
 Que sus luces espléndidas me envia,
 Con cuyo norte luminoso siempre
 En tinieblas jamás mi amor camina.

Como yo su luz mire, iré segura
 A Colcos y á las últimas provincias
 Del Ponto, por la senda que se abriera
 La Tesálica nave, Argos invicta.

De Palemon entonces el marino
 Nadando venceré la gallardia,
 Y al mismo Glauco, á quien en Dios mudára
 La virtud de una yerba repentina.

El movimiento asiduo muchas veces
 La fuerza de mis brazos debilita,
 Y apenas sufren en el ancho ponto
 El afán, que á arrastrarse los precisa.

Mas cuando yo les digo: *brazos, ea,*
Nademos con valor, mirad que os brinda
Un premio no comun: pronto, bien pronto
El cuello estrechareis de mi querida.

Su vigor al instante recuperan,
 Y el premio á recoger se precipitan,
 Cual en el circo suele el generoso
 Bridon que de las cárceles se libra.

Yo pues, sin buscar otra, observo solo
 La lumbre en que me abraso y que me anima,
 Y á tí te sigo sola, jó hermosura,
 De la eternal mansion mil veces digna!

Mil veces digna, sí; mas no abandones
 El suelo aún que tanto dignificas,
 O si lo abandonares, dime al menos
 Cuál es para el Olimpo la subida.

Aun en la tierra estás, y logro apenas
 momentos y no mas tu compañía,
 Que si se turba el mar, tambien se turba
 Con él mi pecho, pues de tí se priva.

Porque ¿qué me aprovecha, ó de qué sirve
 Que tan corto intervalo nos divida?
 ¿Por eso acaso nos separa menos
 De tan breve estension la tiranía?

No sé si mas quisiera, separado
 Mediando todo el orbe en otros climas,
 Tener lejos de mí con mi esperanza
 Apartada tambien mi bella niufa.

Pues cuanto mas ahora te contemplo
 Cercana, mas y mas mi ardor se aviva,
 Y siempre está conmigo mi esperanza
 Sin estarlo el objeto que la inspira.

Ya casi, casi con la mano toco
 A la que adoro ¡tanto está vecina!
 Mas este *casi, casi*, ¡ay desdichado!
 En lágrimas inunda mis mejillas.

¿Qué otra cosa es ansiar cojer las frutas
 Que escapan de la mano fugitivas,
 Y apetecer, cual Tántalo las aguas,
 Que del sediento labio se retiran?

¿Conque jamás ¡ay Hero! he de mirarte,
 Sino cuando la mar no lo resista?
 ¿Conque ninguna tempestad contigo
 Ha de verme feliz? ¡ó suerte esquivá!

Nada es menos estable, menos firme
 Que los vientos y el agua movediza,
 Sin embargo ¿en los vientos y en el agua
 Mi mísera esperanza siempre estriba?

Aun reina ahora el favorable estio,
 ¿Qué será cuando juntos me persigan
 Las tempestosas Pléyadas, el crudo
 Bootes y las ásperas Cabrillas?

O no conozco cuanto es temeraria
 La audacia del amor, ó su excesiva
 Confianza aun entonces sin cautela
 Me hará arrostrar las ondas enemigas.

Ni porque aun está lejos el invierno
 Imagines que el labio así lo afirma,
 Que de lo mismo que prometo ahora
 Intento darte pruebas no tardías.

Que algunas noches mas el mar inchado
 En sus vaivenes hórridos prosiga,
 Y sin mas esperar, en él me arrojo,
 Por mas que sus esfuerzos lo resistan.

O mi feliz audacia, vencedora
 A tí me llevará salvo y con vida,
 O pondrá fin la muerte á las angustias
 Con que el inquieto amor me tiraniza.

Quisiera en este caso que las olas
 Acia allá me impeliesen todavia,
 Y que el arena de tus playas diese
 A mi cadáver náufrago acogida.

Llorarás, y dignándote piadosa
 De tu amante las fúnebres reliquias
 Con tu tacto honorar, dirás: *¡Yo sola
 La causa he sido de su muerte inicua!*

Con el presagio de mi fin sin duda
 Tu corazon sensible se lastima,
 Y odiosa te será de ésta mi carta
 La parte que mi muerte pronostica.

Déjolo ya: no llores ¡ay! no llores,
 Amado bien, mas ruégote que asiduas,
 Para que el mar aplaque sus enojos,
 Se junten tus plegarias á las mías.

Que para trasportarme á tus riberas
 Corta calma en verdad se necesita;
 Míreme en ellas yo, y al punto mismo
 Todas las tempestades se repitan.

No hay mas cómodo sitio ni seguro
 Para mi barca audaz, que esa bahía
 Ni en todo el universo se hallan ondas
 Que puedan mejor que esas convenirla.

Deténgame allí el Bóreas cuanto quiera
 Donde la detencion toda es delicia;
 Para nadar, entonces seré tardo,
 Mi precaucion entonces será nímia.

Allí las aguas sordas á mis ruegos
 No serán de mi labio maldecidas,
 Ni me lamentaré de que las ondas
 Para poder nadar no se apaciguan.

Allí mi voluntad y el viento junto
 Harán que me demore, y así unidas
 Serán estas dos causas las que á un tiempo
 El regreso á mi pátria me prohiban.

Presto usaré mis remos naturales [®]
 Por poco que el mar ceda en sus porfias,
 Y así en la torre á precaucion, bien mio,
 Consérvame la luz siempre encendida.

En tanto, ya que á mí se me prohíbe,
 Mi carta en mi lugar contigo asista;
 Y al cielo pido que sin mas demora
 Cuanto mas pronto, logre yo seguirla.



HEROIDA DECIMANONA.

ARGUMENTO.

Hero responde á Leandro, diciéndole que es mas infeliz que él en su amor por su sexo; lo estimula de mil maneras á que se aventure á pasar el estrecho; luego se arrepiente y le manda que no se esponga, con tal que su amor no se entibie, ni sea su tardanza por causa de otros amores. Le da parte de sus temores causados por un sueño, y aunque procura desecharlos como infundados, y cree ver en un estallido de la luz encendida un buen presagio, vuelve á encargarle se precacione.

En tanto, ya que á mí se me prohíbe,
 Mi carta en mi lugar contigo asista;
 Y al cielo pido que sin mas demora
 Cuanto mas pronto, logre yo seguirla.



HEROIDA DECIMANONA.

ARGUMENTO.

Hero responde á Leandro, diciéndole que es mas infeliz que él en su amor por su sexo; lo estimula de mil maneras á que se aventure á pasar el estrecho; luego se arrepiente y le manda que no se esponga, con tal que su amor no se entibie, ni sea su tardanza por causa de otros amores. Le da parte de sus temores causados por un sueño, y aunque procura desecharlos como infundados, y cree ver en un estallido de la luz encendida un buen presagio, vuelve á encargarle se precacione.

HERO

LEANDRO.

La salud, ó Leandro, que me envias
 En las tiernas palabras de tu escrito,
 Si quieres que en efecto la disfrute,
 Para que así suceda, ven tú mismo.

Muy larga es para mí cualquier tardanza
 Que llega á diferir mis regocijos:
 Perdona si sincera lo confieso,
 Mas no tiene paciencia el ardor mío.

Arde igual el amor en nuestros pechos,
 Mas no es la fuerza igual con que resisto,
 Que el vigor natural do amor se ceba
 Ser mas fuerte en los hombres me concibo.

Cual es el cuerpo en nuestro sexo débil
 El ánimo tambien es enfermizo,
 Y si mas tiempo tu venir demoras,
 Sin duda alguna cederé al deliquio.

Vosotros, ya en la caza divertida,
 Ya del campo genial en el cultivo,
 Vuestro tiempo pasais alegremente
 Con entretenimientos tan distintos.

Ora el foro os ocupa, ora los premios
 Del oleoso y anhelante circo,
 O del potro fugaz con duro freno
 Domar gustais los ímpetus nativos.

Ya con las redes perseguís al ave,
 Ya con el cebo al simple pececillo,
 Ya finalmente la ardorosa siesta
 Engañais en los brindis con el vino.

Yo de estas diversiones separada,
 Ya que entre ellas mi ardor fuera mas tibio,
 Que hacer no tengo, ni otro afán me queda
 Fuera de amar, y amar es mi partido.

Lo que me queda pues, hago gustosa,
Y te amo con ardor tan espresivo
¡O mi única delicia! que discurro
Que no hay amor que alcance á retribuirlo.

Unas veces de tí con mi nodriza
Hablando enagenada me eternizo,
Y con ella quejándome, la causa
De tu tardanza prodigiosa, admiro.

Otras me asomo á contemplar los mares
Por el odioso viento sacudidos,
Y usurpando tus mismas espresiones
Mil veces enojada los maldigo.

Si alguna vez advierto de las ondas
Ser los sacudimientos mas remisos,
Quéjome amargamente de que ingrato
Pudiéndote venir, no lo has querido.

Y entonces ¡ay! de mis amantes ojos
Se desprenden de lágrimas dos rios
Que con trémula mano mi nodriza
Enjuga, y compadece mi martirio.

A veces en la playa cuidadosa
Si están las huellas de tu andar registro,
Como si allí la arena movediza
Pudiera conservar tales vestigios.

Tambien para escribirte ó preguntarle
De tu persona nuevas averiguo
Si de Abido tal vez alguno llega,
O si alguno se parte para Abido.

¡Para qué referirte cuantas veces
Enamorada beso los vestidos
Que al entrar á las aguas aqui dejas
Y que yo cuidadosa deposito?

Cuando termina el perezoso dia,
Y ahuyentada la tarde con el brillo
De las estrellas claras, aparece
De la benigna noche el tiempo umbrío;

Al punto presurosa en la alta torre
La antorcha enciendo, y afanosa atizo
La veladora luz que en las tinieblas
Es de la usada senda norte y signo.

Y dando al huso vueltas repetidas
 Las hebras del estambre retorcido
 Sacando voy, el tiempo entreteniendo
 Con estos mugeriles ejercicios.

¿Lo que hablo, me preguntas, entre tanto
 Que así me enoja tiempo tan prolijo?
 El nombre de Leandro solamente
 Es el que entonces sin cesar repito.

„¿Qué dices ¡ay nodriza! de su alvergue
 „A estas horas mi bien habrá salido?
 „O acaso velan todos, y por eso
 „No saldrá, temeroso de ser visto?

„¿Qué te parece? dí ¡ya de los hombros
 „Sus vestidos ligeros desprendidos,
 „Desnudo se unguirá los fuertes brazos
 „Con el licor suave del olivo?

Ella, *que sí*, contesta de ordinario,
 No asintiendo á los gozos que predigo,
 Sino porque adormida cabecea
 Haciendo un ademan afirmativo,

„Sigue una breve pausa, y luego esclamo:
 „Ya navega sin duda, y ya tendidos
 „Sobre las aguas los flexibles brazos
 „Rompiéndolas en fin se abre camino.”

Adelantada un poco la tarea
 De la labor nocturna que ejercito,
 Pregunto á la nodriza, si ya acaso
 A la mitad del mar habrás venido.

Y ora me asomo á ver, y ora mis ruegos
 Con asustada voz al cielo envío,
 Para que el viento próspero te sea,
 Haciendo tu nadar mas espedito.

A veces en silencio y cuidadosa
 A cualquiera rumor presto el oído,
 Y cuanto suena todo me parece
 Que ya de tu llegada es un indicio.

Así cuando gran parte de la noche
 De este modo engañándola vigilo,
 El invencible sueño se apodera
 De mis cansados ojos sin sentirlo.

Y entonces, ó cruel y tardo amante,
Tal vez á tu pesar, estás conmigo,
Y entonces tu venir se verifica,
Por mas que tú te niegas á cumplirlo.

Pues ora me parece que nadando
Ya próximo á la playa te percibo,
Y que luego los brazos me rodeas
Al cuello aun con el agua humedecidos;

Ora, cual suelo, de mis propios hombros
Juzgo alargarte el delicado lino
Para que en él te enjugues, y que tierno
Contra el seno me estrecha tu cariño.

Y en fin otras caricias que modesta
La lengua calla y explicar omito;
Que hay placeres que gustan practicados,
Mas que causan vergüenza referidos.

¡Desdichada de mí! que mis contentos
Ni duraderos son ni positivos;
Pues tú desapareces con el sueño
Cuando mas venturosa me imagino.

Unámonos en fin con mas firmeza,
Ya que en igual ardor nos consumimos,
Y no carezcan los placeres nuestros
De un contento mas cierto y efectivo.

¿Por qué desamparada tantas noches
Suspiro en soledad y sin abrigo,
Y por qué tantas veces indolente
De mí te alejas, nadador tardío?

No está tratable el mar, yo lo confieso,
Para el que á nado cruza sus abismos,
Mas la noche anterior, si no me engaño,
Soplaba el viento con menor ahínco.

¿Cómo es que se pasó? ¿cómo es que cauto
La vuelta del mal tiempo no has previsto?
¿Por qué ocasion tan bella malograste
Sin venir, cual debieras, tan sin juicio?

Aunque otra coyuntura sin tardanza
Dada te fuese, cual la que has perdido,
Por su anterioridad, siempre seria
Mejor aquella que primero vino.

Dirás que pronto las sonantes aguas
 Tornaron á los vuelcos primitivos;
 Es verdad, mas tambien en menor tiempo,
 Cuando te esfuerzas, pasas sus peligros.

Si aquí la tempestad te sorprendiese,
 De quejarte por ello gran motivo
 Pienso que no tuvieras, que en mis brazos
 No te dañara el mar ni sus bramidos.

Yo á lo menos entonces sin moverme
 Del viento oyera los horrendos silvos,
 Ni al cielo importunára con mis ruegos
 Porque aplacase el mar compadecido.

¿Qué pudo suceder que ya te has vuelto,
 Valeroso Leandro, espantadizo?

¿Por qué los riesgos antes despreciados
 Son ahora, pregunto, tan temidos?

Pues en verdad me acuerdo que otras veces
 Atravesando el golfo movedizo,
 Tan amenazadores como ahora,
 O poco menos, eran sus caprichos.

Entonces te decia: „Temerario,
 „¿Así te espones? Sé mas advertido,
 „Para que así no tenga ¡ay infelice!
 „Que llorar tu valor y tu exterminio.”

Ese nuevo temor ¿de dónde viene?
 ¿Adónde, dime, huyó tu osado brio?
 ¿Aquel antiguo nadador insigne,
 Despreciador del mar, adónde es ido?

¿Mas qué digo? ¡Ah! no me oigas, y sé cauto
 Cual ora, y no cual fuiste osado y vivo,
 Ni á emprender te aventuras la venida
 Sino seguro por el mar tranquilo,

Con tal que el mismo te mantengas siempre,
 Y cual me escribes nos amemos finos,
 Y que en yerta ceniza no se cambie
 La viva llama de tu amor activo.

No temo tanto que los bravos vientos
 Me retarden el bien por que suspiro,
 Como temo que infiel tu amor se mude,
 A los mudables vientos parecido.

Temo tambien no ser de tanta estima
 Que no arrostrés por mí los precipicios,
 Y temo parecerte recompensa
 Muy corta para afanes tan crecidos.

En fin recelo, que la pátria mia
 No ocasione á mi amor grave perjuicio,
 Creyéndose inferior á un Abideno
 La que nacer en Trácia hizo el destino.

Con todo, sin quejarme sufriria
 Cualquier adversidad, cualquier conflicto,
 Con tal que tu demora no ocasione
 De otra amante feliz los atractivos;

Y con tal que otros brazos en mi ausencia
 No hayan tu cuello, por mi mal, ceñido,
 Siendo el fin de mi amor desventurado
 De otros nuevos amores el principio.

¡Antes perezca yo, que mi amor sea
 Con tan ingrato crimen ofendido,
 Y prevenga mi muerte anticipada
 En tí tales traiciones y delitos!

No me lamento así, porque tú acaso
 De este futuro mal que me anticipo
 Indicios me hayas dado, ni me mueven
 Escuchados rumores á decirlo;

Sino porque mi amor todo lo teme,
 Que nadie amar sin sustos ha podido,
 Y siempre la distancia á los ausentes
 Mil temores infunde de continuo.

¡Venturosas aquellas que presentes
 Sin mendigar noticias ni otro auxilio,
 Ni las engañan los delitos ciertos,
 Ni las asustan crímenes fingidos.

A mí todo me espanta; el falso crimen
 Me mueve, y el que es cierto no distingo,
 Y tanto en uno como en otro yerro,
 Yo misma sin cesar me martirizo.

¡Ojalá que vinieses! ¡ó á lo menos,
 Que tu padre, ó los vientos hayan sido
 La enojosa ocasion que te detiene,
 Y no de otra querida los hechizos!

Si así fuese ¡ay Leandro! no lo dudes
Yo exhalaré mi postrimer suspiro
A fuerza de dolor. ¡Cuánto me ofendes,
Si así buscas mi muerte fementido!

Mas no, tú no me ofendes, y yo necia
Con mi vano pensar me aterrorizo,
Que para que no vengas, envidiosa
Solo la tempestad te pone grillos.

¡Ay misera de mí! ¡con cuántas olas
Son azotados de ese mar los riscos!
¡Y cuál está horroroso y triste el día
Entre nubes oscuras escondido!

Aquí la madre de Heles, á quien cuentan
Que en frágil nube trasformó un prodigio
Esparciendo sus aguas tal vez llora
De su hija sumergida el fin impio.

O en marina deidad ya trasformada
Su madrastra cruel, la feroz Ino,
Vengativa sacude el Helesponto
Por el odioso nombre que ha adquirido.

¡Ay! estos mares cual están ahora
¡Cuánto son á las jóvenes nocivos!
En ellos pereció la infeliz Heles,
Y yo por ellos me lamento y gimo.

Y tú, Neptuno, cierto, si no has dado
Tus antiguos amores al olvido,
Impedir otro amor no deberias
Con vientos tan tenaces y malignos.

Si ya no es una fábula mentida
Que adoraste, de amor tierno cautivo,
No menos á la cándida Amimone,
Que á la tan celebrada y bella Tiro.

De Alcione, tambien amante fuiste
Que ya es brillante estrella del empireo,
Y á Circe y á Medusa, cuando el pelo
Aun no llevaba en sierpes convertido.

Y á la rubia Laodice y á Celeno,
Ya habitadora del alzado Olimpo,
Y otras mil cuyos nombres con el tuyo
Han hecho las historias conocidos.

Estas pues, ó Neptuno, y otras muchas
 Que cantan los poetas en sus himnos,
 Su blando pecho uniendo con el tuyo,
 De que sabes amar fueron testigos.

¿Por qué pues, si de amor la dulce fuerza
 Tantas veces probó tu pecho altivo,
 El usado sendero así nos cierras
 Con tan alborotados torbellinos?

Sé pues benigno, y lleva tus furores
 Allá do son los mares estendidos,
 Que á tu enojo son pocas estas aguas,
 Que separan tan próximos distritos.

A tí te está mejor pues eres grande
 Perseguir á los clásicos navios,
 O mostrarte terrible á las enteras
 Flotas que atraviesaren tus dominios.

Que á un jóven nadador mostrar tus fuerzas
 Del dios del mar, á la verdad no es digno,
 Y diérate mas gloria algun estanque,
 Que turbarle este estrecho reducido.

El es noble en verdad y de un ilustre
 Origen, mas su estirpe no provino
 De aquel astuto Úlises que insidioso
 Te fue contrario en el troyano sitio.

¡Ah! sé piadoso y da la vida á entreambos,
 Pues aunque él solo nada en el mar vítreo,
 Su cuerpo y mi esperanza á un mismo tiempo
 Pendiendo estan del golfo movedizo....

Mas súbito estallido dió la antorcha
 A cuya grata luz ésta te escribo,
 Y si ya no me engañan mis deseos
 Es un feliz presagio su estallido.

La nodriza adoptando el buen agüero
 En la próspera llama estiló vino,
 Y bebiendo ella misma de la copa,
Mas seremos mañana, alegre dijo.

Cumple tú pues, juntándote á nosotras
 De mi anciana nodriza el vaticinio,
 ¡O tú que todo y solo como dueño
 Acá en mi corazon estas tan fijo!

Torna, torna por fin á tus banderas,
 O desertor del plácido Cupido:
 ¿Por qué así de mis brazos te separas?
 ¿Por qué yo sola en ésta torre habito?

No tienes que temer; la misma Venus
 Prestará su favor á un atrevido,
 Que nacida en las ondas, ya lo sabes,
 Allanará las ondas á su arbitrio.

Atravesar por medio de las aguas
 Para alcanzarte mi impaciencia quiso;
 Empero mas seguro á los varones
 Este agitado mar ser ha solido.

¿Porque qué significa que con Heles
 Navegando este mar su hermano Frixo,
 El salió libre, y ella le dió nombre
 Con su trágico fin no merecido?

¿Temerás por ventura que á tu vuelta
 El tiempo deje ya de ser propicio?
 ¿O el duplicado afan de retirarte
 Para tí solo, juzgas excesivo?

Pues bien: dividiremos la fatiga
 Si en medio, de las ondas nos unimos,
 Y allí en la superficie de las aguas
 Nos acariciaremos suspendidos.

Luego regresaremos separados
 Cada cual á su suelo respectivo;
 Corto alivio será, pero á lo menos
 Mas que nada será tan corto alivio.

¡Ojalá que al pudor que me precisa
 A amar de un modo tácito y furtivo
 Superase el amor! ú ¡ojalá que este
 No temiese á la fama en su estravio!

Y no que ahora amor y miramiento
 Pugnan acá en el pecho mal unidos,
 Ni acierto á cual seguir: aquel me agrada,
 Mas este es del honor el distintivo.

Jason, el argonauta de Tesalia,
 Despues que entró de Colcos al recinto,
 Audaz robó á Medea, y por los mares
 Llevóla amante en su ligero pino.

Y despues que el adúltero troyano
En la Lacedemonia fue acogido,
Diligente, cargadas con la presa,
Volvió sus velas á los puertos frigios.

Solo tú, cuantas veces has logrado
De ver á la que adoras el permiso,
La dejas, y nadando vas por donde
A las naves es arduo conseguirlo.

Mas aunque á nado, ven; pero de modo
¡O de las ondas triunfador invicto!
Has de afrontar del piélagos los riesgos,
Que temas sin embargo sus bullicios.

Los bajeles con arte trabajados
No dejan en la mar de ser hundidos;
¿Y sin mas remos tú que tus dos brazos,
Intentas navegar á tu albedrío?

Lo mismo que tú anhelas, ó Leandro,
Que es el nadar, de todos es temido:
Tal de mil infelices fue la suerte,
Si algun barco en las aguas se deshizo.

¡Ay de mí desdichada, que quisiera
No poder persuadir lo que suplico!
Te exhorto á que no vengas, y anhelára
Que sordo desoyeras mis avisos,

Para que así tus brazos, tantas veces
En separar las ondas ejercidos,
Al estrecharme blandos, en mi cuello
Hallasen de su afan un lenitivo.

Mas cuantas veces las cerúleas aguas
Inquieta y triste desde aqui diviso,
De mi pávido pecho se apodera
No sé que horror y desusado frio.

Ni menos con la imágen que ví en sueños
En la noche anterior, me atemorizo,
No obstante que aplacar á las deidades
Procuro con humildes sacrificios.

Porque ya cerca de asomar la aurora,
Habiéndose las luces estinguido,
Cuando mas verdaderos aparecen
Del misterioso sueño los prestigios;

Soltándoseme el huso poco á poco
De entre los dedos del sopor vencidos,
Adormida en la próxima almohada
Sin sentir blandamente me reclino.

Un delfin que nadaba por las ondas,
Movidas con horror desde sus quicios
Por los hórridos vientos, claramente
Me figuraba ver en mi delirio.

Y despues que en la arena al miserable
Arrojó de la mar un remolino,
Las aguas y la vida á un mismo tiempo
Lo abandonan y queda allí tendido.

Sea de esto lo que fuere, yo lo temo:
No burles mi soñar cual desvario,
Ni te adventures á venir á nado,
A menos de que el mar no esté benigno.

Si no obstante, por tí no te precaves,
Precávete por mí, dueño querido,
Pues no pudiera yo quedar con vida
Si á mi adorado bien mirára extinto.

Mas alguna esperanza se trasluce
De que el tiempo mejor ya está vecino:
Seguro entonces la tranquila senda
Emprende luego y vente á mi retiro.

En tanto, pues los mares no se prestan
A quien solo nadando puede abrirlos,
Consuélete en tardanza tan odiosa
Esta carta que tierna te remito.



HEROIDA VIGÉSIMA.

ARGUMENTO.

Aconcio vió en el templo de Diana á la jóven Cídipe, de quien quedó vivamente enamorado; mas no atreviéndose á declararse por la desigualdad de las familias, discurrió arrojar á los pies de su amada una manzana en que iban escritas estas palabras: Juro por la diosa Diana ser tu esposa. Cídipe alzó la fruta, y sin advertirlo pronunció ante la diosa aquel juramento al ir leyendo. Su padre, que nada sabia de esto, quiso casarla con otro, y entonces enfermó ella. En estas circunstancias le escribe Aconcio, diciéndola que su enfermedad proviene de no haber cumplido su juramento, y de admitir á otro amante: le aconseja se declare á su madre, y la exhorta á que se libre de la enfermedad, despidiendo á su rival, y cumpliéndole lo prometido.

ACONCIO

Á

CÍDIPE.

No temas, deja el susto, que no tienes
Que jurar otra vez en estos rasgos:
Bástame que una vez el ser mi esposa
De Diana en presencia hayas jurado.

Sigue hasta el fin: así de tí se aleje
Ese de que adoleces mal infausto,
Causa de mi dolor, pues yo padezco
Si alguna parte tuya está penando.

¿Por qué tu rostro de rubor se cubre?
Yo me imagino verlo sonrosado,
Cual en el templo de Diana hermosas
Tus megillas también se coloraron.

No pido ningun crimen; solo exijo
 La fe y el himeneo ya pactados:
 Cual esposo legítimo te adoro,
 No cual infame adúltero te ultrajo.

Aunque otra vez repitas las palabras,
 Que mis amantes ansias estamparon
 En esa tierna fruta, que dichosa
 Llegó, por mí arrojada, hasta tus manos;

Encontrarás en ellas que tú misma
 Has prometido lo que yo reclamo,
 Ansioso de que tú mas que la diosa
 Tengas presente habérmelo jurado.

Temo que así no sea, y esto mismo
 La ya encendida llama en que me abraso
 Aumenta mas y mas, y aun la tardanza
 Va tambien mis ardores aumentando;

Y el amor, que jamás pequeño ha sido,
 Con el curso de un tiempo ya tan largo,
 Y con las esperanzas que me diste
 Llegó á ser un incendio extraordinario.

Tú me hiciste esperar, y el ardor mío
 Tan sagrada promesa creyó ufano:
 Y no podrás negar, Cídice hermosa,
 Lo que la sacra Delia ha presenciado.

Presente estaba la deidad de modo
 Que notó las palabras de tu labio,
 Y aun pareció aprobar tu juramento
 Sus soberanas trenzas agitando.

Y bien puedes decir, si así lo quieres,
 Que mis amantes fraudes te engañaron,
 Con tal que se confiese que mis fraudes
 Solamente el amor las ha causado.

¿Qué otra cosa intentó la fraude mia
 Que unirme á tu beldad en dulce lazo?
 Te quejas de su efecto, mas es solo
 El único que puede conciliarnos.

No por naturaleza, ni por uso
 Astuto soy, bien puedo asegurarlo;
 Tú, encantadora jóven, tú tan solo
 Ingenioso me has hecho y avisado.

El ingenioso amor con las palabras
 Que puse artificioso (si puse algo)
 Es quien á tí me unió, pues suyos fueron
 Los versos que mi dicha aseguraron.

Yo hice esos esponsales, mas los hice
 Con palabras que amor iba dictando,
 Que por mí consultado este dios niño,
 En la jurisprudencia híceme sabio.

Llámesese fraude mi amorosa industria
 Y yo doloso míreme llamado:
 Si querer adquirir lo que se adora
 Puede llamarse dolo sin embargo.

Ya te escribo otra vez: otra vez vuelven
 Mis espresiones á implorar tu amparo:
 He aquí otra nueva fraude; en ella tienes,
 De que poder quejarte, un nuevo agravio.

Si te ofendo en amarte, yo confieso
 Que eternamente de ofenderte trato,
 Pues jamás de quererte el amor mio
 Cesará aunque tú quieras evitarlo.

Otros á fuerza de armas adquirieron
 A las beldades que á querer llegaron,
 ¿Y han de tenerse en mí como delito
 Los versos que dispuso mi cuidado?

¡Permitan las deidades soberanas
 Que te pueda yo atar con nudos tantos,
 Que ligada la fe que me juraste
 No se pueda evadir por ningun lado!

Mil engaños me quedan todavia;
 Aun á la entrada del camino estamos,
 Que nada sin tentar el amor mio
 Dejará, hasta lograr el dulce lauro.

Será dudoso que haya de alcanzarte,
 Mas no lo es que mi ardor ha de intentarlo:
 El éxito depende de los dioses,
 Mas yo sin duda conseguirte aguardo.

Aunque una parte evites de las redes,
 Huirlas, aunque vivas vigilando,
 No podrás todas, que el amor ha puesto
 Mas de las que imaginas á tus pasos.

Si de nada las artes aprovechan,
Valdréme de las armas esforzado,
Y tú robada á tu pesar entonces
Vendrás al seno que te está adorando.

No soy yo ciertamente quien el hecho
Condenar use al robador troyano,
Ni la accion atrevida de cualquiera
Que ose en amores parecer osado.

Yo tambien.... mas callemos; y aunque fuera
La misma muerte pena de este raptó,
Fuera pena menor que los tormentos
Que no siendo tú mia sufro y paso.

Fueras menos hermosa, y yo seria
En adorarte menos arrojado;
Mas tu rostro hermosísimo me obliga
A ser, Cídipe ingrata, temerario.

Tú me haces atrevido y esos tiernos
Ojos, á quienes los brillantes rayos
Ceden de las estrellas; que ellos fueran
Los que mi pecho dulces inflamaron.

Tus rubias trenzas hácenme atrevido,
Y ese tu ebúrneo cuello torneado,
Y esos tus brazos ¡ay! que de mis hombros
Te pido sean redes y regalo.

Y esa tu gracia, y ese tu semblante,
Vergonzoso sin rústico embarazo,
Y esos tus pies, que apenas los de Tetis
Lograrán igualar en alabastro.

¡O cuánta fuera la ventura mia
Si alabar lo demas me fuese dado!
Mas no dudo, que igual á lo visible,
Todo de perfeccion será un milagro.

No es maravilla pues, que compelido
De ese conjunto de bellezas raro
Anhelase tener mi pecho amante
De tu divina boca un firme pacto.

En fin, como yo logre que cojido
Se llegue á confesar tu pecho ingrato,
En que cojida apellidarte quieras
Por mis artes y astucias, no reparo.

Sufriré el odio que de aquí me venga
 Si de este sufrimiento el premio alcanzo;
 Mas si ya te engañé ¿por qué no logro
 El fruto todavía de mi engaño?

Telamon á Hesione robó amante,
 Aquiles á Briseida enamorado,
 Y entreambas prisioneras sin demora
 Gratas al vencedor acompañaron.

Tú de atrevido acúsame, y si quieres
 Enójate también, si es de tu agrado,
 Mas llegue yo por fin á la enojada
 A estrechar como dueño entre mis brazos,

Los mismos que causamos los enojos
 Somos los que amorosos los templamos;
 Para poder apaciguar el tuyo
 Concédeme ¡ay! el tiempo que demando.

Permite á un infeliz que en tu presencia
 Implore su perdón con tierno llanto,
 Y lícito me sea el aplacarte,
 Los ruegos á las lágrimas mezclando.

¡Que cual suelen confusos cuando temen
 El severo castigo los esclavos,
 A tí tienda las manos levantadas,
 Ante tus plantas con rubor postrado!

¿Ignoras tus derechos? soy tu siervo,
 Mándame á ti venir; ¿ausente acaso
 Puedo acusado ser? como señora
 Ordéname acudir á tu mandato.

Aunque airada me arranques el cabello
 Bien lo puedes hacer; haz que estampados
 Por tus manos también en mi semblante
 Se miren de tu cólera los rastros.

Todo lo sufriré; tan solamente
 Temeré por tu amor en este caso
 Que esas manos tan tiernas se lastimen
 En mi sumiso cuerpo al castigarlo.

Ni grillos ni cadenas necesitas
 Para tenerme allí siempre á tu mando,
 Que de mi amor las fuertes ligaduras
 Serán las que me tengan amarrado.

Cuando se hayan saciado tus enojos
 Castigándome, Cídipe, á tu salvo,
 Acaso clamarás enternecida:
¡Con qué paciencia me ama el desdichado!

Tú misma en tu interior te dirás luego
 Viendo con que humildad sufro el maltrato:
*Quien tan bien sirve, y tan modesto sufre,
 A mí me sirva, pues en ello gana.*

Ahora desdichado como á reo
 Ausente se me acusa, y siendo claro
 Que es tan justa mi causa, habré sin duda
 De perderla por falta de abogado.

También es injusticia que en los versos
 Que en la dócil manzana se grabaron,
 De mí solo te quejes y me acuses,
 Como si solo yo fuera el culpado.

No mereció conmigo ser Diana
 Engañada también, y si en tus tratos
 No me quieres cumplir lo prometido,
 Cumple á lo menos con el númen sacro.

Presente estuvo la divina diosa
 Mirando tu rubor hermoso, cuando
 Sorprendida te viste, y las palabras
 Conserva en la memoria del contrato.

¡Presérvente los cielos de sus iras!
 Mas nada es mas terrible y mas aciago
 Que el enojo de Delia, si su númen
 (Lo que yo no quisiera) ve burlado.

Testigo el javalí que á Calidonia
 Devastó, cuando indócil Meleagro
 Despreció sus altares, cuya falta
 La vida le costó y á sus hermanos.

Testigo es Acteon el imprudente,
 Que vuelto en ciervo, fue despedazado
 Por los amados canes, que antes fieles
 En perseguir las fieras le auxiliaron.

Y testigo Niobe la soberbia,
 Que convertida en rígido peñasco
 Aun se ve de Migdonia en las llanuras
 Su miserable suerte estar llorando.

¡Ay Cídipe adorada! mucho temo
Decirte la verdad, pues si no callo
De mí tal vez se pensará que astuto
Por mi propio interes mentiras hablo.

Con todo he de decirla: si padeces
De esa lánguida fiebre los estragos
Cuando con otro intentas enlazarte,
Avisos son que Delia te está dando.

La diosa ve por tí y evitar quiere
Que perjures infiel con ese amago,
Procurando que intacta permanezcas
Permaneciendo el juramento intacto.

De aquí es que cuantas veces, olvidada
De tus promesas osas quebrantarle,
Otras tantas el numen cuidadoso
Acude á corregir tu desacato.

No quieras ¡ay! de la animosa Dea
En tu contra volver el fatal arco;
Aun puedes todavía, si lo quieres,
Su cólera trocar en favor grato.

No contamines, yo te lo suplico,
Con la fiebre tus miembros delicados;
Conserva para quien fino te adora
¡Ay Cídipe! ese rostro sobrehumano.

Consérvese esa cara que natura
Formó para encender el fuego en que ardo,
Y ese carmin hermoso que colora
De tus megillas los jazmines albos.

Si de mis enemigos osa alguno
De tí privarme ¡mírese el tirano
Cual yo me miro, viéndote en el lecho
Devorar de la fiebre los quebrantos!

Igual es mi tormento si padeces,
O si te entregas en agenos brazos;
Y de estos dos martirios no sé cierto
Cual fuera al corazon menos insano.

Entre tanto, por ser, aunque inocente,
Causa de tu penar, vivo penando,
Pues juzgo que mi amor y mis astucias,
Sin quererlo, tu mal ocasionaron.

¡Hiciera el cielo que de tu perjurio
Cayeran sobre mí todos los daños!
¡Ah! ¡con cuanto placer los padeciera,
Con tal que tú lograrás evitarlos!

De tu amada salud inquieto siempre
Por los umbrales de tu puerta paso,
Y por mil partes llego al disimulo
Anhelando noticias de tu estado.

Ocultamente sigo á la criada
O al criado, sumiso preguntando
Si el manjar te aprovecha, ó si por dicha
Logras del sueño el plácido descanso.

¡Ay misero de mí, que, cual quisiera,
Lo que el médico ordena no me es dado
Yo mismo ejecutar, y junto al lecho
Cuidar de tí, y hacerte mil halagos!

Y ¡ay misero otra vez, que estando ausente,
De tu cara persona tan lejano,
Tal vez otro consigue á pesar mio
Lo que amantes mis ansias no lograron!

¿Y ese osado rival que yo aborrezco,
Y aborrecen los dioses sacrosantos,
A tu enferma persona está asistiendo,
Y cual esposo te acaricia blando?

¡Ah! mientras que oficioso observar finge
Del pulso al palpar los intervalos,
No hace mas que acudir á tal pretesto
Para poder tocarte ese profano.

Y tal vez á tu cuello se adelanta,
Y tal vez de tu boca descarado
Los claveles... ¡O cielos! él se arroga
Derechos muy agenos de su encargo.

¿Quién te ha dicho, insolente, que tú puedes
Las mieses arrancar de mis sembrados?

¿Quién la senda te abrió para que entres
Al huerto que otras manos cultivaron?

Esa garganta es mia; tú me robas
Caricias que yo solo he grangeado:
Quita, quita, infeliz, tus manos torpes
De ese cuerpo ofrecido á mis conatos.

Apártalas, audaz, que ha de ser mia
 La que profana tu atrevido tacto,
 Mira que eres adúltero ¡o protervo!
 Si otra vez tocas su candor sagrado.

Elige entre las libres una esposa
 Por quien otro no te haga algun reclamo,
 Que esa enferma hermosura, si lo ignoras,
 Tiene su dueño ya muy de antemano.

Ni porque yo lo afirmo me lo creas,
 El pacto mismo puede declararlo:
 Haz que ella misma te lo lea luego
 Porque no ya tal vez digas que es falso.

Y así, vuelvo á decirte que abandones
 Un tálamo de que otro es propietario;
 ¿Qué haces ahí? perverso, sal al punto,
 Que ese lecho nupcial no se halla vaco.

Aunque tú de tener ya te glorías
 Otro contrato puramente humano,
 Jamás tu causa igualará mi causa,
 Si las dos imparciales comparamos.

Ella juró ser mia: á tí su padre,
 Que es despues de ella, te ofreció su mano;
 Mas ella de sí misma está sin duda,
 Mas cerca que su padre puede estarlo.

Una simple promesa es la del padre,
 Mas es el de ella un juramento sacro;
 El tiene por testigos á los hombres,
 Ella á los mismos dioses soberanos.

Si él falta, es mentiroso solamente,
 Perjura ella á la vez será en faltando:
 ¿Y dudarás ahora de estas faltas
 Cual evitar será mas necesario?

En fin para que de ambos los peligros
 Puedas medir con juicio mas exacto,
 Atiende cuidadoso á los efectos:
 Ella enferma adolece; él está sano.

Tambien nosotros para conseguirla
 Con distintos empeños disputamos;
 Ni es igual la esperanza en uno y otro,
 Ni tampoco el temor igual en ambos.

Nada aventuras tú si te repulsan,
 Y es un mal, que la muerte mas infausto,
 Para mí la repulsa; á la belleza
 Que tú acaso amarias, ya idolatro.

Y si tú de lo justo te cuidáras,
 Si ya lo recto en tí no se ha borrado,
 Ceder á mis legítimos amores
 Debieran tus anhelos insensatos.

Ahora, ó bella Cídipe, supuesto
 Que en disputar insiste ese hombre insano
 Con tan poca razon, ya de mi carta
 Conocerás en fin cual es el blanco.

El es la causa de que así adolezcas
 Y esto tambien del ceño declarado
 De Diana, y si sabes ser prudente
 Debes de tus umbrales arrojarlo.

Porque ya no lo has hecho inadvertida
 Tu vida pones en peligro tanto;
 Y ojalá que el castigo se desplome
 Sobre el audaz que pudo provocarlo!

Mas si tu lo despides, si no amas
 Al que Delia en su enojo ha reprobado,
 Tú de esa enfermedad quedarás libre,
 Y yo de mis continuos sobresaltos.

Deja pues el temor; arroja á ese hombre
 Y al punto mismo su vigor lozano
 Cobrará tu salud: visita luego
 Los muros que tus votos presenciaron.

No los celestes númenes se alegran
 Con la sangre ofrecida en holocausto:
 Mas con aquella fe que aun sin testigos
 Pactada, cumple un pecho voluntario.

Otras para aliviarse en sus dolencias
 Sufran del fierro y fuego el aparato
 Y á otras preste su auxilio mal seguro
 De repugnante yerba el suco amargo.

Nada hay que hacer aquí de estos recursos;
 Evita el perjurar, y este solo acto
 Nos salva á tí y á mí, dejando ilesa
 La fe que tus promesas me juraron.

La inadvertencia en la pasada culpa
 Fácil perdon alcanzará á tus cargos,
 Cual si de tu memoria el pacto antiguo
 Se hubiera con el tiempo deslizado.

Mas ya te avisa, ó Cídipe, mi carta,
 Y ya tienes tambien el desengaño
 En ese tu penar, que cuantas veces
 Olvidas tu deber te esta avisando.

Y aun cuando de la fiebre el mal evites
 Llegará tiempo en fin, que en algun parto
 De angustias y dolores rodeada,
 De Delia implorarás todo el amparo.

Te oirá la diosa y recordando luego,
 Los juramentos de ella presenciados,
 Te habrá de preguntar, cuya es la prole
 Por quien estás su númen implorando.

Nuevos votos la harás, mas ya conoce
 Cuanto, Cídipe, son tus votos vanos;
 Jurarás, pero ya tus juramentos
 Sabe que engañan á los dioses santos.

No se trata de mí; mayores sustos
 Están mi corazon atormentando;
 Tu vida, sí, tu vida que se arriesga
 Me llena de inquietudes y de espanto.

Si no es así ¿por qué tus tiernos padres,
 A quienes lo que pasa has ocultado,
 Ha poco que dudando de tu vida
 Asustados y ansiosos te lloraron?

¿Por qué tu culpa ignoran? bien pudieras
 A tu afligida madre sin empacho
 Referírsele todo; tus acciones
 Nada tienen de vil, nada de bajo.

Refiérela por orden nuestra historia,
 Dí cual te conocí lleno de pasmo,
 Haciendo de la dea cazadora
 Sacrificios devota al simulacro.

Como al instante mismo en que te vieron
 Mis ojos; si por dicha lo has notado,
 Examinando tu beldad divina
 Abortos en tí sola se fijaron.

Y como al admirar con toda el alma
De tu rara belleza los encantos,
Se deslizó mi manto de mis hombros,
Señales ciertas del amor mas alto.

La contarás tambien que una voluble
Manzana hasta tus pies llegó rodando,
Que llevaba insidiosa unas palabras
Escritas con ingenio nada escaso:

Las cuales en presencia de Diana
Iba tu bella boca pronunciando,
Y con esto testigo el sacro númen,
Tu fe ligaste en insoluble pacto.

Y para que no ignore de los versos
La inteligencia y el sentido llano,
Repite cuidadosa la lectura
Que ya tu labio hermoso ha ejercitado.

¡Oh! ¡si tu madre te dijera entonces!
„Unete á quien los dioses te juntaron;
„Y pues tú le juraste ser su esposa,
„El mi yerno será sin mas retardo.

„Me agradará cualquiera que haya sido,
„Pues agradó á la diosa que adoramos.”
Y así sin duda te dirá, si al menos
Los afectos de madre no ha olvidado.

Mas hazla que averigüe quien yo sea,
Y si es noble mi origen y preclaro,
Y hallará que contraria no os ha sido
La bella cazadora de los campos.

La isla celebrada en otro tiempo
Por las famosas ninfas del Parnaso
Llamada Cea, en torno rodeada
Del mar Egeo en sus llanuras vasto,

Es mi pátria, y si ya los claros nombres
En la ascendencia son de tí estimados,
No tengo que temer que se me arguya
Venir de abuelos sin nobleza y rango.

Tengo tambien riquezas y costumbres
Que procederes viles no mancharon;
Y aunque otra cosa alguna no tuviera,
Tengo amor y soy tuyo ¡ay dueño amado!

A quien te adora cuanto yo te adoro
 Por esposo en verdad, aun sin jurarlo
 Apetecer debieras, que bien puede
 Ser buscado quien ama, cuanto te amo.

Esto en sueños mandóme te escribiera
 La diosa arrojadora de los dardos;
 Y esto mismo me ordena que te escriba
 El rapazuelo aligero, velando.

De el uno de los cuales ya las flechas
 Mi lastimado pecho penetraron;
 Guárdate ¡ay! que los dardos de la otra
 El tuyo no traspasen en tu daño.

Y estando ya nuestra salud unida,
 Ruégote que apiadada en males tantos
 De tí y de mí te duelas; ¿por qué dudas
 Con un solo querer salvar á entreambos?

Lo que si así sucede, cuando aviso
 Los instrumentos den de que acudamos
 A Delos, y se miren sus altares
 De la votiva sangre salpicados,

Una manzana de oro como aquella
 Penderá ante la diosa de su ramo,
 Y en estos versos se leerá la causa
 De haberla tal ofrenda dedicado:

RECONOCIDO ACONCICIO TESTIFICA
 A DIANA ESTA FRUTA CONSAGRANDO,
 QUE TODO LO QUE EN ELLA SE CONTIENE
 HOY HA TENIDO CUMPLIMIENTO EXACTO.

Mas para que esta carta el cuerpo débil
 No llegue á fatigar si mas la alargo,
 Quiero ponerla fin, y tuyo siempre
 Concluyo con el *vale* acostumbrado.



HEROIDA VIGESIMAPRIMA.

ARGUMENTO.

Cídipe, en su contestacion á Aconcio, desbarata sus argumentos, fundados en el juramento hecho por ella; describe su viage á Delos, invoca á Diana, á quien atribuye su enfermedad, sin embargo de su inocencia; satisface á los zelos de Aconcio, y al fin confiesa que lo ama, diciéndole que se ha declarado á su madre, y que á él toca lo demas, pues aun en lo que ha confesado se ha excedido.

CÍDIPE

A

ACONCIO.

Llenéme de temor, y de tu carta
Recorrí las palabras en silencio,
Para que no mi labio ante los dioses
Otra vez se obligase sin saberlo.

Juzgára que otra vez me engañarias
Si ya tu labio no dijese ingénuo,
Serte bastante que una vez el mio
Hiciese de ser tuya ofrecimiento.

Iba acaso á no leer, mas pensé al punto,
Que á haberte continuado mis desprecios,
Se hubiera de la diosa vengativa
Aumentado el cruel resentimiento.

Aunque por aplacarla nada omita,
Aunque queme en sus aras grato incienso
Ella, no obstante, mas de lo que es justo
Favorece propicia tus intentos.

Y, según anhelaste ser creído,
En su memoria mi jurar teniendo,
De modo en mí te venga, que aun apenas
A su Hipólito amó con tanto estremo.

Mas siendo virgen Delia debería
De quien también es virgen á su ejemplo
Favorecer los días, que acortarme
Quiere tal vez; cual ya me lo sospecho.

Pues la fiebre sin causa que aparezca
Aun no se aleja de mi débil cuerpo,
Que yace fatigado sin que alcancen
A darle algun alivio los remedios.

¿Cuán anhelante juzgas y sin fuerzas
Que te estoy estas líneas escribiendo?
Apenas sobre el codo reclinada
Lasos los miembros pálidos sostengo.

A tan ansioso afán se agrega el susto
De que alguno tal vez sobreviniendo,
Fuera de mi nodriza que los sabe,
Sorprenda nuestros íntimos secretos.

Al umbral de la puerta la nodriza
Sentada á cuantos ve que á mi aposento
A preguntar de mi salud se acercan
Impide entrar, diciéndoles que duermo.

Luego cuando ya el sueño pretestado,
Oportuna disculpa á tanto encierro,
Con duracion tan dilatada deja
De ser un verosimil fundamento;

Si ve venir á alguno, á quien no pueda
Impedir se adelante hácia aquí dentro,
Tose, y con esta seña prevenida
Me avisa al disimulo de aquel riesgo.

Cual me coje, asustada me apresuro,
Y el escribir dejándome incompleto,
Escondo cauta la imperfecta carta
En el turbado palpitante seno.

Luego con el asunto comenzado
Torno otra vez á fatigar los dedos.
Ya ves cuantos afanes y zozobras
Por escribirte mísera tolero.

Y hablando la verdad, si de esta carta
Eras tú digno múterame yo luego;
Pero indulgente soy mas que debiera,
Y mas que tú pudieras merecerlo.

¿Luego yo, si ha de creerse lo que afirmas,
Incierta de mi vida padeciendo,
He pagado por tí y aun pago ahora
Las penas que merecen tus enredos?

¿Este de mi hermosura decantada,
Que tú tanto ponderas lisongero,
El premio viene á ser? ¿asi me daña
El haber agradado sin quererlo?

Si (lo que mas quisiera) mi semblante
Te hubiera parecido torpe y feo,
Ningun socorro menester hubiera
Mi deforme persona por lo menos.

Soy alabada ahora, pero gimo,
Y ahora me perdeis con ese vuestro
Litigio en que altercais los dos rivales,
Y porque hermosa soy sufro y padezco.

Y mientras tú no cedes, ni se quiere
Juzgar segundo el otro en este pleito,
Tú estorbas á los suyos, y el contrario
Estorba mutuamente tus deseos.

Yo en tanto, cual espuesta navecilla
Que en alta mar impele aquilon recio,
Agitada me miro, y en las ondas,
Y entre la tempestad no hallo sosiego.

Y cada vez que llega el triste día
En que ha de celebrarse este himeneo
Ansiado de mis padres, tambien llega
El ardor de la fiebre mas violento.

De modo ¡ay infeliz! que al tiempo mismo
De este enlace á mis ansias tan funesto,
Anunciando la muerte Proserpina,
Llama á mis puertas con su duro cetro.

Avergüenzome ya; y aunque no sepa
 Haberlo merecido, estoy temiendo
 Merecedora parecer á todos
 De tener á los dioses tan adversos.

Sostienen unos ser sin otra causa
 Pura casualidad tan triste evento;
 Afirman otros que el rival que tienes
 A las sacras deidades no es acepto.

Ni de la fama acusadora acaso
 Estar libre, ó Aconcio, estés creyendo,
 Que no falta entre tantos quien opine
 Que por hechizos tuyos es todo esto.

La causa á la verdad está escondida,
 Mas no mis males harto manifestos,
 Y mientras que la guerra entre vosotros
 Haceis en paz, yo sufro sus efectos.

Mas quiero preguntarte y que me digas,
 (Y engáñame, cual ya sueles hacerlo)
 ¿Qué causarás con odio si aborreces,
 Si causas con amor tales tormentos?

Si á quien amas ofendes, menos graves
 Serán á un enemigo tus afectos,
 Y así para alcanzar que no me enfermes,
 Que mal me quieras suplicarte quiero.

Mas ya mirando estoy, que no te ocupa
 Ningun cuidado de tu amada, puesto
 Que sufres inhumano que padezca
 Tan dura enfermedad sin merecerlo;

O que en vano á la rígida Diana
 Por mi salud imploran tus anhelos:
 Y entonces, ¿de qué vano te glorias?
 Ningun favor, Aconcio, te merezco.

Elige entre estas cosas: ó no puedes,
 O aplacarla no quieres con tus ruegos:
 Si no puedes, la diosa te ha olvidado;
 Si no quieres, me olvidas en no hacerlo.

¡Oh! ¿si á Delos no hubiera conocido,
 Navegando las ondas del Egeo!
 ¡O ya que no escusara el conocerla
 En otro tiempo la mirára al menos!

En hora aciaga á navegar los mares
Abandonó la nave el dulce puerto,
Y en hora aciaga por las verdes ondas
Prosiguió triste el mísero sendero.

¿Con qué planta ¡infeliz! osé moverme?
¿Con cuál salirme del hogar paterno?
¿Y con cuál finalmente pisé incauta
De la pintada nave el pavimento?

Dos veces ¡ay! las velas impelidas
Por el viento contrario, se volvieron;
¡Necia de mí! que no era, no, contrario,
Que él era solo el favorable y bueno.

El era el favorable, pues queria
Próvido precisarnos á volvernos,
Y estorbar un camino desdichado,
Que ha sido á mi reposo tan funesto.

¡Ojalá que mas firme hubiera sido
En oponerse de la nave al vuelo!
Mas ¡ay! que no es cordura formar queja
De tan mudable y frágil elemento.

Ansiaba ver á Delos excitada
Con la celebridad de sus portentos,
Y se me figuraba en la partida
Ser nuestro barco perezoso y lento.

Mil y mil veces por sobrado tardos
La lentitud maldije de los remos,
Y me quejé mil veces de que fuera
El número de velas tan pequeño.

Y ya las islas de Andros y Miconos,
Y ya pasado habia la de Tenos,
Cuando á mis ojos ávidos y alegres
La hermosa Delos se ofreció á lo lejos.

Apenas la miré, y alborozada
„¿Por qué de mí, la dije, vas huyendo?
„¿Errante por ventura vas ahora,
„Cual algun día por el mar inmenso?“

Desembarquéme en fin cuando ya el día
Enviando los rayos postrimeros,
Del radiante carro los bridones
Quería desuncir el rubio Febo.

Los que de nuevo uncidos, al instante
Que por el rojo oriente aparecieron,
Ornáronse mis trenzas obedientes
De mi afanosa madre á los preceptos.

Ella misma las joyas en mis manos
Distribuyó, y el oro en mis cabellos,
Y ella misma tambien sobre mis hombros
La veste acomodó con grato esmero.

Salimos, y á los dioses venerando
A quienes consagrada estaba Delos,
Olorosos inciensos ofrecimos
Y vino ante las aras del gran templo.

Y mientras que mi madre los altares
Con la votiva sangre iba tiñendo,
Y las entrañas sacras ofrecia
Devota en los flamígeros braseros;

Presurosa á otros templos la nodriza
Me condujo, y entrando á todos ellos
Errantes y curiosas anduvimos
Por los sitios sagrados con pie incierto.

Y ora admiro los dones de los reyes,
Ora los anchos pórticos paseo,
Y ora contemplo absorta las efigies,
Que colocadas por do quiera advierto.

Admiro el ara que de córneas astas
Formada está, y del tronco del palmero,
Do apoyada Latona, de Diana
Y de Apolo dió á luz el dulce peso.

Y admiro en fin cuanto admirable tiene
La celebrada Delos en su centro,
Pues ni me agrada referirlo todo,
Ni de todo lo célebre me acuerdo.

Tal vez, ó Aconcio, mientras yo veia
Estos prodigios, tú tambien atento
Me mirabas, hallando que era fácil
Engañar un candor tan inexperto.

Luego al templo sublime de Diana
Por las gradas magníficas me vuelvo,
¿Y cuál lugar por cierto deberia
Hallarse de asechanzas mas exento?

Llegar miro á mis pies una manzana,
 Con estos breves engañosos versos....
 ¡Ay incauta de mí! ¡qué inadvertida
 Ser tu esposa á jurar iba de nuevo!

Alzóla mi nodriza y admirada
Mira me dijo, dándomela presto,
 Y entonces ¡ó poeta cauteloso!
 Incauta tus insidias fui leyendo.

Apenas pronuncié de esposa el nombre
 Cuando confusa de vergüenza, siento
 Que mis megillas al instante mismo
 De rubor encarnado se cubrieron.

Bajé al punto los ojos que confusos
 Clavados se quedaron en mi seno;
 Los ojos ¡ay! que por mi mal, ministros
 De tus intentos cautelosos fueron.

¿De qué te regocijas, ó qué gloria
 Has podido adquirir, hombre perverso?
 ¿Qué alabanza consigues engañando
 De una doncella el inocente pecho?

No iba yo defendida del escudo,
 Ni empuñaba mi diestra el corvo acero
 Cual en un tiempo impávida guerrera
 Pantasilea en el troyano duelo.

Ningun broquel por cierto codiciable
 Con el oro amazonio á cincel hecho,
 Cual Alcides de Hipólita valiente
 En esta lid tus armas adquirieron.

¿De qué pues, inhumano te glorias,
 Si me engañaron tus traidores metros,
 Y si tus malas fraudes á una jóven
 Sencilla y descuidada sorprendieron?

A Cídipe ha engañado una manzana,
 Y otra á Atalanta ya engañó primero;
 Si yo he sido Atalanta inadvertida,
 Tú otro Hipomenes eres fraudulento.

Fuera empero mejor (si el niño alado,
 Que no sé yo qué antorcha lleva ardiendo,
 Ha llegado á abrasar, cual me refieres,
 Tu amante corazón en vivo fuego)

No viciar con engaños la esperanza,
Mas buscarla con nobles sentimientos,
Que no debí por tí ser engañada,
Sino adquirida con amor sincero.

¿Por qué valer no hiciste, si me amabas,
Tus riquezas, tu amor, tu nacimiento,
Y semejantes prendas, por las cuales
Yo misma te anhelára por mi dueño?

¿Por qué mas bien quisiste violentarme
Que no ganarme como amante tierno,
Si sabiendo quien eras, insensible
No me hubiera mostrado á tu ardimiento?

¿De un juramento, dí, de qué te sirve
La fórmula no mas y estéril eco?

¿Qué te aprovecha en fin que ante Diana
Mi lengua articulase esos acentos?

Con la mente se jura, mas la mia
No tuvo parte en mi jurar, por cierto;
Y ella sola consigue á las palabras
Crédito dar, pues es el fundamento.

Del alma libre jura la prudente
Advertencia, y el pródigo consejo;
Del alma sin los vínculos, no tienen
Ningunos otros vínculos efecto.

Si yo pues de esta clásica manera
Te pude prometer mi casamiento,
Bien puedes exigir y reclamarme
Del prometido enlace los derechos.

Mas si no pronuncié sino sonidos
Con quienes el querer no era de acuerdo,
En vano alegas fútiles palabras
Que de valor y fuerza carecieron.

No juré yo en verdad; leyó mi labio
La fórmula legal de un juramento:
Ni hubiera de elejirte para esposo
De un modo tan inútil é imperfecto.

A otras engaña así, y á las manzanas
Sigan las cartas; fácil es el medio:
Y si esto vale, sin demora puedes
Sus riquezas quitar al opulento.

Haz igualmente que los reyes juren
 El dominio cederte de sus reinos,
 Y finalmente, Aconcio, tuyo sea
 Cuanto te agrade en todo el universo.

Y si hay tanta virtud en lo que escribes,
 Si tanto es de tus cartas el imperio,
 A la misma Diana, no lo dudes
 Superas, con tus mágicos decretos.

(ya

Mas aunque tanto he dicho, aunque en ser tu-
 Por haberlo jurado, no convengo,
 Y aunque mi causa en fin he defendido
 Con tan claros y firmes argumentos;

Confieso que no obstante de la diosa
 Aun los enojos y las iras temo,
 Sospechando que solo de mis males
 Es el origen su rigor severo.

Porque si no es así ¿de dónde viene
 Que cuantas veces el nupcial apresto
 Se dispone, otras tantas de la esposa
 Yacen ¡ay triste! lánguidos los miembros?

Tres veces Himeneo, ya mis pasos
 A las dispuestas aras dirigiendo,
 Huyó veloz, volviendo las espaldas
 Del prevenido tálamo al aspecto.

La mano ya cansada apenas puede
 Las hachas que cien veces se encendieron
 Otra vez avivar, pues ya rehuyen
 Recibir de la llama el brillo terso.

Mil veces de mis trenzas coronadas
 Estilan odoríferos ungüentos,
 Y mil veces espléndido el ropage
 En púrpura teñido toca al suelo.

Mas cuando llega el Himeneo y mira
 Correr mis tristes lágrimas y el miedo
 Que me acongoja de la muerte, y todo
 Mi estado de su pompa tan ageno,

Arranca de su frente entristecida
 La corona, arrojándola con ceño,
 Y el abundante y oloroso aroma
 Quita enojado del ungido pelo.

Ni quiere avergonzado, él solamente
Do todos están tristes, estar ledo,
Pasándose á su rostro en aquel punto
La grana de que el manto va cubierto.

Entre tanto ¡ay de mí! la fiebre ardiente
En mis venas derrama su veneno,
Y el ropage nupcial me pesa tanto
Que apenas con fatiga lo sostengo.

Rodeados de mí miro á mis padres
En dolorosas lágrimas deshechos,
Y de Himeneo la festiva antoreha
En hacha funeral trocada veo.

¡O bella cazadora! ¡O Diosa excelsa!
De mí te apiada en mi letal tormento,
Y dá á mi mal, usando de tu hermano
El arte salutífera, consuelo.

Fuérate vergonzoso que la vida
Me diese Apolo, mientras tú insistiend
En negarme tu auxilio, te llamases
La causadora de mi fin postrero.

¿Por ventura mis ojos imprudentes
Tu desnuda beldad osados vieron
Entre las sombras de la fuente donde
Bañándote hallar sueles tu recreo?

¿Por ventura hice yo, cual Meleagro,
De tus sacros altares poco aprecio?
¿O cual Niove despreció mi madre
De la bella Latona los gemelos?

Yo en nada te ofendí, sino en que incautos
Mis labios una fórmula leyeron
De un juramento, siendo en esas rimas
Infaustas para mí, sobrado expertos.

¡O Aconci! tú tambien, si ya no mientes
Por mí un cariño que nombraste incendio,
Ruega por mi salud; así quien causa
El mal, cause tambien algun provecho.

¿Cómo sucede que la misma diosa
Que quiere verme tuya, y de no verlo
Muestra su enojo, con su enojo mismo
Que pueda yo ser tuya está impidiendo?

Todo esperarlo puedes si yo vivo,
 Mas nada alcanzar puedes si yo muero;
 ¿Por qué pues tan cruel nos quita Delia
 El esperar á tí, y á mí el aliento?

No, cual piensas, el triste á quien mi mano
 Afanosos mis padres ofrecieron,
 Con cariñosa mano halagar osa
 De mi enferma persona el débil cuello.

El, es verdad, segun se le concede
 En mi largo penar me asiste atento,
 Mas no se olvida de que el lecho mio
 Es de una virgen el asilo ileso.

Y si yo no me engaño ha sospechado
 Alguna parte ya del amor nuestro,
 Pues á veces, sin causa manifiesta,
 En sus ojos las lágrimas sorprendo.

Aun ya con mas reserva que solia
 Me manifiesta su amoroso exceso,
 Y apenas osa ya llamarme suya
 Con labio temeroso y mas modesto.

¿Mas qué mucho que lo haya conocido
 Viendo signos en mí tan descubiertos?
 Cuando él se acerca á mí por algun lado,
 Yo me vuelvo del otro con despego.

Estoime sin hablar y dormir finjo,
 Mis ojos con las ropas encubriendo,
 Y si á tocar mis manos se aventura
 Yo rechazo las suyas al momento.

Gime, y del pecho silencioso exhala
 Sin cesar mil suspiros lastimeros,
 Y aunque no lo merezca, muchas veces
 Enojada sin causa me le muestro.

¡Ay mísera de mí, que tú te alegras,
 Y hallas en mi conducta tu contento!
 Y ¡ay mísera otra vez, que poco cauta
 Mi secreta pasión te he descubierto!

Cuando tú que mil lazos me ponias,
 (Si te lo he de decir como lo siento)
 Eras mas digno del enojo mio,
 Que no de la blandura que demuestro.

Me escribes que mirarme y asistirme
 En mi dolencia te permita: necio,
 ¿Te lo he de permitir, cuando aun distante
 Me ocasionas mil daños y desvelos?

Admiraba en verdad, mas ya no admiro
 Por qué de Aconcio el nombre te pusieron,
 Puesto que eres agudo cual saeta
 Que sabe hacer heridas aun de lejos.

Y aun de tales heridas, duro Aconcio,
 Llagado el corazon, no convalezco,
 Que cual un dardo tu amorosa carta
 Mi pecho traspasó de medio á medio.

Insistes en venir ¿y á qué vendrias?
 ¿A contemplar tal vez bárbaro y fiero
 En mi cuerpo doliente y miserable
 Los duplicados triunfos de tu ingenio?

Rendida estoy de languidez; huyera
 De mi rostro la púrpura, y entiendo
 Que en palidez, segun me acuerdo ahora,
 A la manzana tuya me parezco.

No ya en mi cara luce cual solia
 En el candor el rojo sobrepuesto,
 Y estoy tan sin color, que á alguna estatua
 De nuevo marmol hecha, me asemejo.

Tal suele aparecer en los convites
 El pálido color del vaso argénteo,
 Cuando del agua gélida al contacto
 De blanca amarillez se va cubriendo.

Si me vieses ahora, negarias
 Haberme visto en el primer encuentro,
 Y *esta jóven*, dirias, *no merece*
 Que en buscarla se ocupe mi talento.

Y porque ya contigo no me uniera
 La fe me devolvieras que te debo,
 Y arrepentido en fin anhelarias
 Que jamás Delia se acordase de ello.

Aun tal vez tu cautela me enviara
 Para que los leyese otros conceptos,
 Haciendo que jurase lo contrario
 De lo que ya otra vez jurado tengo.

Con todo, yo quisiera que me vieses
 Conforme tus instancias lo pidieron,
 Para que de tu esposa conocieras
 El lánguido existir de angustias lleno.

Que aun teniendo, ó Aconcio, como tienes
 Mas duro el corazon que el mismo fierro,
 Para mí y en mi nombre implorarias
 El favor de los númenes supremos.

Mas para que no ignores el auxilio
 Con que convalecer acaso puedo,
 Sabrás que á consultar por causa mia
 De Delfos al oráculo acudieron.

Apolo, cual testigo, se lamenta
 De que *cierta doncella*, á lo que creo,
 Segun publican voces de la fama,
 Ve la fe que juró con menosprecio.

Esto dicen los versos, esto Aconcio,
 Y esto dice el oráculo de Delfos;
 De modo ¡ay infelice! que ya todo
 En tu favor y contra mí se ha vuelto.

¿De dónde á tí los dioses tan propicios,
 Si no es que halló tu astucia algun invento
 Para que á ellos tambien logren tus letras
 Sorprender cual á mí me sorprendieron?

Mas pues tú de tu parte ya los tienes,
 Yo tambien á su númen obedezco,
 Y atadas y vencidas ambas manos
 Sin repugnancia á tu querer entrego.

Ya confesé á mi madre, cual me pides,
 De mi engañada lengua el fácil yerro,
 Teniendo en tanto fijos en la tierra
 Los tristes ojos de rubor cubiertos.

Debe ser lo demas cuidado tuyo,
 Y aun el haber osado cuanto pienso
 En esta carta descubrirte, ha sido
 Exceder los deberes de mi sexo.

Mas con haber escrito en demasia
 He fatigado los dolientes dedos,
 Y ya la enferma mano se resiste
 A prestar sus oficios escribiendo.

A mas de unirme á tí con santo ñudo,
 Cual ya inspirada del amor lo espero,
 Resta solo acabar mi larga carta
 Diciéndote por fin: *guárdete el cielo.*



ÍNDICE MITOLÓGICO.

ACIDALIA, nombre que se daba á Venus como que ocasiona los cuidados é inquietudes.

AGAMENON, dicho Atrida por ser nieto de Atreo: era rey de Argos y Micenas, y fue elegido gefe en la espedicion contra Troya. Chocado con Aquiles en aquel sitio, le quitó á su prisionera Briseida. Incendiada Troya, se volvió á Grecia donde fue asesinado por Egisto, que se casó con su infiel esposa Clitemnestra.

ALCIDES, nombre que se da á Hércules por nieto de Alcea.

ALCIONE, hija de Eolo, inconsolable por el naufragio de su esposo Ceix, fue convertida en alcion, ave marina.

ALEJANDRO, nombre de París, que viene de *ausiliar*.

ANDRÓGEO, hijo de Minos, á quien dieron muerte algunos atenienses: su padre en venganza les hizo guerra, y vencidos, los obligó al tributo de catorce jóvenes cada año, para que los devorara el Minotauro, monstruo que estaba en el laberinto de Creta.

ANDROMACA, esposa de Hector, hijo de Priamo, rey de Troya.

APOLO, hijo de Júpiter y Latona, que tambien se llama Febo y Cintio, gefe de las nueve musas, con quienes habitaba en el monte Par-

A mas de unirme á tí con santo ñudo,
 Cual ya inspirada del amor lo espero,
 Resta solo acabar mi larga carta
 Diciéndote por fin: *guárdete el cielo.*



ÍNDICE MITOLÓGICO.

ACIDALIA, nombre que se daba á Venus como que ocasiona los cuidados é inquietudes.

AGAMENON, dicho Atrida por ser nieto de Atreo: era rey de Argos y Micenas, y fue elegido gefe en la espedicion contra Troya. Chocado con Aquiles en aquel sitio, le quitó á su prisionera Briseida. Incendiada Troya, se volvió á Grecia donde fue asesinado por Egisto, que se casó con su infiel esposa Clitemnestra.

ALCIDES, nombre que se da á Hércules por nieto de Alcea.

ALCIONE, hija de Eolo, inconsolable por el naufragio de su esposo Ceix, fue convertida en alcion, ave marina.

ALEJANDRO, nombre de París, que viene de *ausiliar*.

ANDRÓGEO, hijo de Minos, á quien dieron muerte algunos atenienses: su padre en venganza les hizo guerra, y vencidos, los obligó al tributo de catorce jóvenes cada año, para que los devorara el Minotauro, monstruo que estaba en el laberinto de Creta.

ANDROMACA, esposa de Hector, hijo de Priamo, rey de Troya.

APOLO, hijo de Júpiter y Latona, que tambien se llama Febo y Cintio, gefe de las nueve musas, con quienes habitaba en el monte Par-

nasos. Al son de su lira edificó los muros de Troya. Es el dios de la luz y el que conduce el carro del sol.

AQUELOO, amaba á Deyanira, y combatió con Hércules de quien fue vencido, sin que le valiera convertirse en serpiente y despues en toro, á quien quitó aquel uno de sus cuernos, y para rescatarlo dió á su vencedor el cuerno de Amaltea ó sea el de la abundancia.

AQUILES, rey de Tesalia, hijo de Peleo y de la diosa Tetis, el héroe de la Iliada de Homero, el más valiente y esforzado de los griegos, á quien Agamenon quitó su prisionera Briseida.

ARGIVOS, nombre de los griegos por la ciudad de Argos.

ARGOS, nombre de la nave en que Jason con los argonautas fue á conquistar el vellon ó vellocino de oro.

ARGOS, hijo de Aristoro, que tenia cien ojos, con cincuenta de los cuales velaba cuando dormia con los otros cincuenta. Juno lo transformó despues en pavo real, en cuya cola se ven aun sus ojos.

ARIADNA, hija de Minos rey de Creta. Se enamoró de Teseo y le dió un hilo que lo guiase en las sinuosidades del laberinto cuando entró á matar al Minotauro: huyó con él despues y fue abandonada en la isla de Naxos, donde Baco se casó con ella, y al fin fue convertida en costelacion celeste, llamada la corona de Ariadna.

ASCANIO, llamado tambien Julo; hijo de Eneas y Creusa.

ATALANTA, hija de Scheneo, vencida en la carrera por Hipomenes, que para que se detuviera en ella le arrojaba manzanas de oro por consejo de Venus.

ATLANTE, gigante que sostenia el cielo con los hombros.

BACANTES. Asi se llamaban las mugeres que acompañaban al Dios Baco, y andaban como fuera de sí gritando, y con el cabello esparcido.

BACO, hijo de Júpiter y Semele, dios de las viñas y el vino, llamado tambien Lico, iba en un carro tirado por tigres.

BELONA, diosa de la guerra, hermana de Marte.

BOREAS, uno de los cuatro vientos principales, hijo de Astreo y Eribea; amó y robó á Orizia hija de Eritreo.

BRISEIDA, hija de Briseo, sacerdote de Apolo, amó á Aquiles de quien era prisionera.

CASANDRA, hija de Priamo y Hécuba, á quien Apolo dió espíritu profético.

CASTOR Y POLUX, hermanos de Helena, hijos de Júpiter y Leda.

CERES, hija de Saturno y Cibeles, diosa de la agricultura.

CIPRINA, nombre de Venus por la isla de Chipre en que es adorada.

CISNE, ave acuática, en que se convirtió Júpiter para engañar á Leda.

CIRCE, maga famosa, hija del sol y de la luna.

CITEREA, nombre de Venus de la isla de Citera, donde la adoraban.

ELITEMNESTRA, hija de Jove y Leda, muger de Agamenon.

COLCOS, capital de un reino del Asia, famoso por el vellocino de oro que en él habia y conquistó Jason.

DANAE, princesa de Argos, á quien engañó Jove convertido en lluvia de oro.

DELOS, isla famosa donde nacieron Apolo y Diana errante en su origen sobre las aguas del mar.

DIANA, llamada tambien Delia, diosa de la caza, luna en el cielo y Hecate en el infierno. Se creia diosa de la castidad, y por haberla visto bañándose desnuda Acteon, lo convirtió en ciervo, y fue despedazado por sus mismos perros.

DIDO, reina de Tiro, que por escapar de su hermano Pigmalion que mató á su esposo Siqueo, se refugió á la Africa, en donde fundó á Cartago, y fue pretendida del rey Yarbas. Ella amó (segun Virgilio) á Eneas, y cuando este la dejó, se dió muerte sobre una pira, que habia preparado para quemarse, á vista de las naves de Eneas.

DIOMEDES, concurrió al sitio de Troya donde adquirió mucha gloria por su intrépido valor.

ENDIMION, pastor de la Caria amado de Diana ó la luna.

ENEAS, príncipe troyano, hijo de Anquises y Venus, que despues del incendio de Troya, huyó con su familia, los dioses penates, y otros troyanos, y anduvo errante por los mares buscando á Italia para fundar en ella una ciudad.

ENONE, ninfa, hija del rio Frigio en el monte Ida, con quien casó Páris, y de quien á poco fue abandonada.

EOL, dios de los vientos, hijo de Júpiter.

FRIGIA, reino donde estaba Troya.

FRIXO, hijo de Atamante y hermano de Heles; fue amado por la muger de Creteo, rey de Colcos, y habiendo desairado su amor, lo acusó ella de haberla querido violar; por lo que condenado á ser inmolado con su hermana Heles, al tiempo de serlo, los rodeo una nube, de la cual salió un carnero, ó ariete, que por el aire los conducia ácia Colcos. Al pasar sobre el mar, asustada Heles, cayó y se ahogó en el sitio que por esto se llamó despues Helesponto. Frixo llegó á Colcos en donde sacrificó á Jove el ariete, y fijó su piel de lanas de oro en un árbol de un bosque consagrado á Marte, poniéndole por guarda un dragon que devoraba á cuantos querian tomarla.

GANIMEDES, troyano tan hermoso, que Jove transformado en águila se lo robó y lo llevó al Olimpo para que sirviera el nectar en la mesa de los dioses.

HECTOR, príncipe, hijo de Priamo, el mas valiente de los troyanos.

HELES. Véase Frixo.

HERCULES, hijo de Júpiter y Alcmena, hizo muchas proezas limpiando al mundo de monstruos y tiranos; pero rendido al amor de Onfale y Yole, se degradó hasta hilar en la rueca y vestirse adornos mugeriles. Se casó con Deyanira, á quien libertó del centauro Neso, el cual habia dado á aquella una túnica teñida en su sangre, con la cual murió al fin Hércules, arrojándose antes de morir sobre

una pira que él mismo levantó y prendió en el monte Oeta. Muerto fue recibido entre los dioses.

HIPERMENESTRA, una de las cincuenta hijas de Danao, que por orden de su padre mataron á sus esposos la noche de las bodas, á excepción de ésta, que salvó la vida al suyo, llamado Linceo.

HIPSIPILE, reina de la isla de Lemnos. Las mugeres de esta isla habiendo dado la muerte á sus maridos de quienes eran despreciadas, no admitian hombres en su territorio; sin embargo Hipsipile recibió á Jason, de quien al fin fue abandonada.

IDA, famoso monte de Frigia, junto á Troya.

JASON, hijo del rey Eson y de Alcímeda. Conquistó el vellocino de oro é hizo otras muchas proezas, amó á Hipsipile y la abandonó, y lo mismo á Medea por casarse con la hija del rey de Corinto.

JOVE, véase Júpiter.

JO, hija de Inaco y de Ismena, fue amada de Jove, quien, por sustraerla á los celos de Juno, la convirtió en vaca; mas descubriéndola la diosa, la dió á guardar á Argos, á quien adormeció el dios Mercurio y dió la muerte, por orden de Jove, que al fin la restituyó á su primera forma.

JUNO, hermana y muger de Júpiter, reina de los dioses, perseguía á las que amaba su marido y á los hijos adulterinos de éste, como á Hércules y otros. En la guerra de Troya estaba á favor de los griegos y contra los troyanos, resentida de la sentencia que á favor

de Venus habia dado París. (Véase París). Tiraban de su carro dos pavos, aves que protegía.

JUPITER O **JOVE**, hijo de Saturno y Rea, dios de los dioses. Se reservó el cielo ó el Olimpo para su imperio, dió el de las aguas á Neptuno, y á Pluton el de los infiernos. Sus amores lo hacian transformarse en toro, águila, cisne, lluvia de oro, carnero &c.

LABERINTO DE CRETA. Edificio muy enredado, fabricado por Dédalo, cuya salida era casi imposible. En el fue encerrado su mismo autor, de donde escapó con su hijo Icaro fabricando alas para los dos, aunque el hijo por no seguir los consejos de su padre, cayó en el mar y se ahogó. Despues encerró Minos en él al Minotauro, hijo de su muger Pasifae y de un toro, porque todo lo destruía.

LARES. Así se llaman los penates, dioses caeseros, ó domésticos.

LATONA, amada de Júpiter, madre de Apolo y Diana.

LEANDRO, jóven de la ciudad de Abido, que amó á Hero de la ciudad de Sesto. Por la noche guiado de la luz que aquella encendia en una torre á la otra orilla, atravesaba á nado el Helesponto para unirse á su amada, retirándose antes de amanecer, hasta que en una de estas travesias se ahogó, y las aguas llevaron su cadáver al pie de la torre, de donde se arrojó Hero al mirarlo, y murió tambien.

LESBOS, isla del archipiélago, pátria de la poetiza Safo.

LIBITINA, diosa que preside á los funerales.

LUCINA, Juno, que con este nombre presidia á los partos.

MARTE, hijo de Juno, dios de la guerra.

MEANDRO, rio de Tesalia.

MEDEA, famosa encantadora ó maga, hija del rey Oetes. Favoreció á Jason en la conquista del vellocino de oro, enseñándole como habia de vencer los imposibles que se le opondrian para lograrlo, se casó y huyó con él, y para que su padre no los persiguiera, iba dejando en el camino esparcidos los miembros de su hermano Absirto. Cuando llegó á Tesalia, pátria de Jason, rejuveneció á Eson, padre de este, en cuyo obsequio aconsejó á las hijas de Pelias que lo matáran, ofreciéndoles engañosamente que lo rejuveneceria. Jason la abandonó y se casó con Creusa hija de Creonte, rey de Corinto: Medea por vengarse mató á dos hijos que tenia de Jason, incendió con encantos el palacio, en que pereció Creusa, y ella huyó por el aire á Colcos en un carro tirado de dragones.

MELEAGRO, hijo de Oeneo y de Altea; rehusó sacrificar á Diana, la que por vengarse envió un javalí á devastar la Calidonia. Meleagro á la cabeza de otros príncipes griegos lo persiguió: Atalanta lo hirió la primera, y con ella se casó Meleagro, quitando la vida á los hermanos de Altea sus rivales: Altea en venganza echó al fuego un leño en que consistia la vida de su hijo Meleagro, y despues se mató de desesperacion.

MENELAO, rey de Lacedemonia, hermano de Agamenon, y marido de Helena, que robada por

Páris, fue ocasion de la famosa guerra de Troya, la cual terminada despues de diez años volvió Menelao á su pátria llevando á su esposa. Véase Páris.

MERCURIO, dios de la elocuencia, del comercio y de los ladrones, y mensagero de los dioses: lleva alas en la cabeza y los pies, y en la mano el caduceo ó vara que rodean dos culebras.

MICENAS, ciudad de Grecia.

MINERVA, llamada tambien Palas, diosa de la sabiduria y de la guerra con el segundo nombre. Se representa armada con lanza en la derecha y el escudo ó egida en la izquierda.

MINOTAURO, medio toro y medio hombre. Véase Teseo.

MUSAS, diosas de las artes y ciencias, son nueve, y fueron hijas de Júpiter y Mnemosina.

NEPTUNO, hijo de Saturno y Rea, dios del mar, marido de Anfitrite, y amante de otras muchas.

NOVE, que osó anteponerse á Latona, fue castigada con la muerte de sus hijos, y convertida en piedra.

NINFAS, hijas del mar ó de los rios.

ORESTES, hijo de Agamenon y Clitemnestra, que con la muerte que dió á la madre vengó la de su padre, y despues mató á Pirro que le habia robado á Hermione, hija de Menelao y Helena, su prometida esposa.

ORFEO, hijo de Apolo y de la musa Clio, el mas excelente músico de la antigüedad.

PAN, dios de las campiñas y de los pastores: tiene el medio cuerpo inferior de cabra, como los sátiros.

PARIS, hijo de Priamo y Hécuba. Esta, hallándose grávida de él consultó al oráculo, que le respondió, que pariría un hijo que sería la ruina de su patria. Su padre, para evitarlo, ordenó matarlo luego que naciera: la madre fingiendo que así se había ejecutado, hizo darlo á unos pastores, que lo criaron, y Júpiter lo nombró juez que decidiera la disputa de Juno, Palas y Venus sobre la hermosura, ocasionada por la manzana de oro que la discordia echó en la mesa de los dioses con este letrero *para la mas hermosa*. París decidió á favor de Venus, que le ofreció la mas hermosa de las mugeres, y con su auxilio obtuvo despues á Helena, grangeándose el odio de Juno y Palas. Fue cuando pastor esposo de Enone. Reconocido hijo de Priamo, fue á Grecia de donde se trajo á Helena, y tras ella las guerras que arruinaron á su patria Troya, siendo él testigo de ello: y al fin fue muerto por Pirro, hijo de Aquiles.

PENELOPE, muger de Ulises: á poco de casada vió partir á su esposo á la guerra de Troya siéndole fiel á pesar de veinte años de ausencia y estar rodeada de importunos amantes, á quienes engañaba, diciéndoles los favoreceria luego que concluyese la tela que estaba haciendo: para que esta jamás se concluyera desbarataba por la noche lo que adelantaba de dia, hasta que por fin vino su esposo y dió la muerte á todos sus amantes.

PIUTON, hijo de Saturno y Rea, dios del infierno.

PRIAMO, rey de Troya.

SAPFO, célebre poetiza de la Grecia.

SATURNO, hijo del cielo y de la tierra, padre de los dioses, que tambien se llama el tiempo.

SCILA, jóven que amando á Glauco (que de pastor fue convertido en dios marino por haber comido de una yerba con que se vivificaban los peces) rogó á la maga Circe se lo hiciera propicio; mas ésta que tambien lo amaba, en lugar de lo que le pedia, envenenó la fuente en que aquella se bañaba; de lo que resultó que la parte inferior de su cuerpo se volvió de perro, por lo que horrorizada se arrojó al mar en donde aun se oyen los ladridos de los perros que rodean el peñasco en que ella se transformó. A poca distancia está Caribdis, formando ambos escollos un estrecho de peligrosísimo pasage, pues suele suceder que por evitar el uno, se da en el otro.

SEMELE, amada de Jove y madre de Baco.

SOL, lo mismo que Apolo.

TANTALO, que dió á comer á los dioses los miembros de su hijo Pelope, por lo que Júpiter lo condenó á perpetua hambre y sed. Está sumergido hasta la barba en un lago del infierno, cuyas aguas se retiran de sus labios, como tambien los frutos de un árbol cargado de ellos, que tiene junto á sí.

TESEO, dió muestras de gran valor y fue el que mató al Minotauro, auxiliado del hilo que le dió Ariadna, á la que robó con su hermana Fedra, habiendo abandonado á la primera: la segunda se enamoró de Hipólito hijo de Teseo. Véase Ariadna.

TETIS, diosa marina, madre de Aquiles.

VENUS, diosa de los amores, nacida de las espumas del mar; era adorada en Amatunta, Citera, Chipre, Gnido y Pafos; esposa de Vulcano y amada de Marte, madre de Cupido, dios del amor. Su carro es tirado de palomas.

ULISES, rey de la isla de Itaca, hijo de Laertes y Anticlea, marido de Penélope. En la guerra de Troya fue muy estimado por su valor, y mucho mas por su prudencia, astucia y sabiduria. Entre otras proezas, acompañó una noche á Diomedes al campo troyano enemigo, en donde murió Dolon, y Reso, rey de Tracia, cuyos caballos se trajeron, habiendo antes Diomedes dado muerte á otros diez troyanos. Despues de la destruccion de Troya anduvo errante diez años hasta que al fin llegó á su pátria, donde dió muerte á los amantes de Penélope.

VULCANO, Dios del fuego, hijo de Jove y Juno, y marido de Venus.

INDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

	Pág.
HEROIDA XIV. <i>Hipermenestra á</i>	
<i>Linceo</i>	1.
XV. <i>Safo á Fuon</i>	16.
XVI. <i>Páris á Helena</i>	39.
XVII. <i>Helena á Páris</i>	78.
XVIII. <i>Leandro á Hero</i>	107.
XIX. <i>Hero á Leandro</i>	131.
XX. <i>Aconcio á Cídipe</i>	154.
XXI. <i>Cídipe á Aconcio</i>	180.
<i>Indice mitológico</i>	207.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

